
Es verdad que los apóstoles alcanzaron finalmente la fe en el resucitado. Pero antes conocieron a Jesús según la carne durante tres años y Dios les dejó en la ignorancia de la realidad invisible de Jesús. Hicieron primero la experiencia de una convivencia con Jesús hombre, simplemente hombre. Hoy es también útil recorrer primero la etapa de una larga convivencia con la vida humana -simplemente humana- de Jesús, antes de llegar a un acto de fe definitivo.

josé comblin

jesús de nazaret

MEDITACION SOBRE LA VIDA
Y ACCION HUMANA DE JESUS

2-0-03

Colección EL POZO DE SIQUEM

3

JESUS DE NAZARET

Meditación sobre la
vida y acción humana de Jesús

JOSE COMBLIN

EDITORIAL SAL TERRAE
Guevara, 20 — SANTANDER

INDICE

	<i>Págs.</i>
1. Introducción	7
2. El hombre	13
3. Libre	29
4. Hermano	45
5. El Padre	61
6. La esperanza	77
7. La misión	93

Título del original portugués-brasileño:

«Jesús de Nazaré»

Meditações sobre la Vida e a Ação
humana de Jesús.

Editora Vozes. Petrópolis.

Traducción de *M.^a del Carmen Pérez Vicente*

© Editorial SAL TERRAE

Printed in Spain

Con las debidas licencias

1. Introducción

El lector tiene el derecho de pedir algunas palabras de explicación. Pretendemos meditar la vida humana, simplemente humana de Jesucristo. Queremos volver a ver a ese Jesús de Nazaret tal como los discípulos lo conocieron y lo comprendieron —o no lo comprendieron— cuando caminaban con El por los senderos de Galilea, recorriendo las aldeas de Israel, cuando aún no lo conocían como Señor e Hijo de Dios. Deseamos ver a ese Jesús tal como aparecía cuando todavía no manifestaba su vinculación personal con Dios; cuando, a los ojos de los discípulos, aún era un hombre, simplemente hombre.

No desconocemos las objeciones de los teólogos y de todos los especialistas. Esas objeciones se pueden reducir a tres capítulos fundamentales: el impasse biográfico, la fermentación teológica de la comunidad cristiana primitiva, y la concepción moderna del acto de fe.

En primer lugar, el impasse biográfico. La escuela llamada de la historia de las formas, hace unos cincuenta años, demostró, de modo definitivo, la imposibilidad de una biografía de

Jesús. Mostró que los evangelios fueron compuestos por colecciones de pequeñas unidades nacidas independientemente unas de otras. La colocación de las unidades en la redacción actual de los evangelios nada tiene que ver con la sucesión de los hechos. En realidad, no hay ningún indicio serio que nos permita restablecer el orden histórico de los hechos. Cada evangelista y, ya antes de los evangelistas los autores de las colecciones encontradas por ellos, reunió las unidades por razón del contenido, prescindiendo de la cuestión de la sucesión histórica. Esa demostración puede ser considerada como definitiva y el Concilio Vaticano II la aceptó sin dificultad. Por consiguiente, una biografía es imposible. Con todo, de ahí no resulta la imposibilidad de reconstruir un esbozo de retrato de la personalidad de Jesús, una impresión global de su modo de proceder. Aun ignorando el verdadero orden de los hechos, esos hechos existieron y permiten hacerse una idea de la persona, sobre todo si tenemos en cuenta que todos los hechos fueron vividos dentro de un período muy breve de unos tres años lo máximo.

Segunda objeción: todos los recuerdos, todas las tradiciones orales sobre la vida de Jesús fueron revisadas, pensadas de nuevo, reelaboradas por los primeros cristianos. Ese trabajo continuó durante casi cincuenta años hasta la redacción definitiva de nuestros evangelios. Los primeros cristianos y sus sucesores contaron los hechos y los dichos de Jesús con el significado y el alcance que ellos mismos, iluminados por el Espíritu, percibían en el material transmitido. Las divergencias entre los evangelios muestran con qué libertad los cristianos repetían los datos recibidos.

De ahí se puede deducir que las unidades evangélicas reflejan no solamente los recuerdos de la tradición primitiva, sino también la comprensión teológica de las comunidades cristianas. Hasta cierto punto, la fe de los discípulos, las explicaciones o las insinuaciones puestas por ellos en el contenido de la tradición oral, constituyen una cortina que nos separa de la pura realidad histórica. Es verdad que son poquísimos los ca-

sos en que podemos, con alguna probabilidad, creer que oímos las «mismísimas palabras» de Jesús. Pocos también son los casos en que podemos confiar absolutamente en los pormenores de las narraciones. Muchas palabras, muchos pormenores son más el reflejo de la fe de los primeros cristianos que el relato fotográfico de los hechos brutos. Aquí también el Concilio Vaticano II aceptó las conclusiones de los especialistas.

Con todo, aun supuestas todas esas filtraciones y todas esas reelaboraciones de los detalles y de las palabras, la persona de Jesús, la personalidad humana y la presencia humana de Jesús, aparece con una fuerza tal, que el retrato global es inconfundible. Si se consideran las palabras del Sermón de la Montaña aisladamente, cada una de ellas es dudosa. Sin embargo, la impresión global es de una originalidad tal que las variaciones de detalles no la perjudican: esa impresión global no fue elaborada por la comunidad primitiva, y sí transmitida a partir de una experiencia que ni la imaginación más fértil hubiera podido inventar. La mejor prueba de la historicidad de la figura global de Jesús es la imposibilidad de inventar una figura semejante. ¿Dónde encontrar un poeta, un novelista capaz de tal invención?

En tercer lugar, no ignoramos que, ante la imposibilidad biográfica, muchas teologías contemporáneas del acto de fe, provocan aún la concepción de San Pablo que coloca la distinción entre el Cristo según la carne y el Cristo según el Espíritu. La fe cristiana tendría por objeto exclusivamente el Cristo resucitado, sin referencia a los datos históricos. El Jesús de los evangelios tendría que ser reducido al Cristo resucitado. La fe sería una opción por Dios, por el Dios manifestado en Cristo resucitado. Sería proclamar «Cristo es Señor».

Ciertamente no dudamos que la fe tenga su expresión última en el acto de conocer que Dios resucitó a Jesús y así manifestó en El a su propio Hijo. Con todo, movidos por la experiencia y por la reflexión de los últimos años, y también por la experiencia de la tradición de todos los siglos, descubrimos los

peligros de una fe que pretende llegar en seguida a su término, quemando las etapas previas. Si precisamos llegar a confesar la resurrección de Cristo y a proclamar, con San Juan, que El es el Hijo de Dios, no obstante, eso no quiere decir que nos podamos ahorrar la fase anterior. Es verdad que los apóstoles alcanzaron finalmente la fe en el resucitado. Sin embargo, antes de eso, conocieron a Jesús según la carne durante tres años, y Dios los dejó en la ignorancia de la realidad invisible de Jesús. Hicieron primero la experiencia de una convivencia con Jesús hombre, simplemente hombre. Hoy en día también encontramos útil recorrer primero la etapa de una larga convivencia con la vida humana —simplemente humana— de Jesús, antes de llegar a un acto de fe definitivo.

Efectivamente, sabemos ahora qué fácil es confundir el acto de fe con la adhesión a un mito, y sustituir la fe en Cristo por la formación de un mito de Cristo. Qué fácil es también hacer de la fe un acto de opción ciega, un salto en el puro misterio de Dios, una voluntad pura sin contenido intelectual, sin representación alguna. Ahora bien, la fe cristiana madura a unos pocos, después de un largo caminar con Jesús, a partir de los recuerdos evangélicos. Finalmente, el mensaje de Pablo no llevó a los primeros cristianos a pensar que los evangelios eran ya innecesarios. En cierto modo, es más fácil lanzarse a un acto de adhesión al Dios revelado en Cristo, que acompañar la vida simplemente humana de Jesús, asimilándose su contenido. La espiritualidad de todos los siglos muestra el peligro de ilusión que acompaña los saltos metafísicos en la divinidad de Cristo, hechos sin dedicar el tiempo suficiente a la meditación de su humanidad. La humanidad de Jesucristo no es, en modo alguno, un traje del que Dios se habría vestido para volverse visible. Es una vida humana, verdaderamente humana, cuyo significado humano constituye la clave del conocimiento del verdadero Dios. Es de temer que ese Hijo de Dios, en quien afirmamos que creemos, sea un mito o una ilusión, si no agotamos,

primero, la sustancia de los hechos y de los dichos de Jesús, en quien debemos reconocer el verdadero camino.

No ignoramos las dificultades técnicas implicadas en la interpretación de los evangelios, y, de modo particular, de las palabras y de los gestos de Jesús. Por eso, evitaremos, en la medida de lo posible, los asuntos controvertidos y las afirmaciones sujetas a serias polémicas. Procuraremos limitar nuestras consideraciones a los hechos que pueden ser afirmados con serias probabilidades. Por otro lado, no cabe aquí presentar los argumentos técnicos que avalan nuestras posturas. Los lectores podrán encontrarlos en obras especializadas.

Precisamos, todavía, aludir al caso particular del evangelio según Juan. Nadie duda de la historicidad de muchas informaciones dadas por San Juan. Por otro lado nadie aceptaría la historicidad de los sermones en él contenidos. Todos saben que esos sermones, de estilo tan diferente a las palabras de los evangelios sinópticos, son composiciones muy tardías, de finales del siglo primero. Contienen ciertamente palabras auténticas. Pero nadie sería capaz de hacer una selección. De modo general, dejamos de lado los grandes sermones del cuarto evangelio. Su lugar más apropiado sería en una meditación sobre la cristología de San Juan, mejor que en una meditación sobre la vida humana, simplemente humana de Jesús.

Procuraremos seguir lo más exactamente posible el texto de los evangelios, sobre todo el de Marcos, el más antiguo de todos. Evitaremos proyectar en los textos sentimientos personales, expresiones devocionales o interpretaciones piadosas sin fundamento histórico. El género literario de la meditación fue durante mucho tiempo el lugar privilegiado de las exégesis gratuitas, de la proyección de sentimientos de piedad loables, pero totalmente ajenos al sentido de los textos evangélicos. Ciertas personas pueden sentirse consoladas al descubrir en los evangelios los sentimientos que ellas mismas proyectaron en ellos. No es nuestro propósito.

2. El hombre

La familia

Nadie ignoraba la procedencia de Jesús: era de Nazaret de Galilea, hijo de una familia modesta, vulgar, que no destacaba absolutamente en nada. Sería como decir, hijo de un humilde artesano de cualquier pueblecillo de la meseta o de los campos. La ausencia total de misterio en ese origen, llamaba la atención del pueblo: «Este sabemos de dónde viene; mientras que Cristo, cuando viniere, nadie sabrá de dónde viene» (Jn. 7, 27). Si era descendiente de David, según las genealogías que mucho más tarde los evangelistas añadirán a la narración de sus actos, si en el tiempo en que nació hubo acontecimientos extraordinarios, nada de eso era conocido en el pueblo. Nadie reparó en esas circunstancias. A los ojos de todos, no había nada que pareciese notable o digno de atención en ese hijo de una familia pobre del interior.

Durante treinta años, Jesús se confundió de tal manera con esa familia humilde, con ese contexto insignificante de Naza-

ret, pareció tan semejante a sus parientes, se destacó tan poco en medio de sus conciudadanos, que fue una sorpresa total cuando, un día, se separó de ellos y comenzó un modo de vida que los sorprendió. Decían los de Nazaret: «¿No es ése el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y Simón? Y sus hermanos ¿no están aquí entre nosotros? Y quedaban extrañados con El» (Mc. 6, 3). La incompreensión fue tal que un día lo expulsaron de la sinagoga de Nazaret (Lc. 4, 28 ss.). Viendo la agitación que Jesús provocaba en el pueblo y el impacto que hacía, sus familiares quedaron avergonzados delante de la gente de la ciudad —o con miedo. «Cuando volvió a casa concurrió de nuevo la multitud, de modo que no pudieron comer. Y los suyos, cuando oyeron esto, fueron para recogerlo, pues decían: «Perdió el juicio» (Mc. 3, 20-21). Más tarde, sin embargo, viendo que el éxito perduraba, comenzaron a recibir el provecho que podían sacar de la fama de un pariente que tanto prestigiaba a la familia. Le decían: «Sal de aquí y vete para Judea, para que vean también tus discípulos las obras que haces; pues nadie actúa en secreto, si pretende colocarse en evidencia. Ya que haces tales cosas, muéstrate al mundo» (Jn. 7, 3-4). Hablaban como los parientes de un joven concejal que tuvo éxito en su pequeño pueblo, convencidos de que ya es hora de que se proyecte a la capital, si quiere ser candidato a diputado.

Por su parte, Jesús no se siente comprometido con la familia en modo alguno. A partir del momento en que inició su misión, la familia dejó de existir para él. Ni resentimiento, ni apego, ni privilegios, ni intromisión en los debates de familia. El no será consejero religioso de la familia. El es el hombre que existe para los hombres. Su misión lo proyectó en el escenario del mundo: todos los hombres son virtualmente sus parientes: «Entonces, vinieron su madre y sus hermanos, y, quedando del lado de fuera, lo mandaron llamar. Una gran multitud estaba sentada a su alrededor. Le dijeron: «He aquí que tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte». Pero les

respondió: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y, mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dice: «He aquí mi madre y mis hermanos. Todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre».

La formación

Era carpintero. Había recibido la formación que debían recibir los artesanos de Galilea. Por eso, los que lo conocían quedaban admirados. «Muchos oyentes quedaron atónitos, y decían: «¿De dónde le vienen estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esa, que le fue dada, y esos milagros que se realizan por sus manos?» (Mc. 6, 2). En su ciudad «estaban maravillados con las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y preguntaban: «¿No es éste el hijo de José?» (Lc. 4, 22).

Era de Galilea, la provincia más distante de la capital y más atrasada culturalmente. Desde el punto de vista de la religión judía, Galilea era también la región más relajada, donde la ley se aplicaba con menos rigor. Nada en las tradiciones predestinaba a desempeñar papel alguno en el destino de la nación. Como decía Natanael: «¿Por casualidad puede salir algo bueno de Nazaret?» (Jn. 1, 46). Y los judíos, a su vez: «¿Puede venir el Cristo de Galilea?» (Jn. 7, 41). Dicen a Nicodemos: «Investiga, y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno» (Jn. 7, 52). El acento provinciano de los galileos los denunciaba y los entregaba al desprecio de los judíos por su acento extraño y pueblerino (Mt. 26, 73).

Aprendió la Biblia en la Sinagoga como todos los niños de su raza. Pero no frecuentó las escuelas rabínicas, en que los jóvenes de buenas familias, como Pablo, podían prepararse para la carrera de escriba y los cargos dominantes en la sociedad. No tuvo preparación para ejercer ningún cargo en su pueblo, ni en su religión. Nunca tuvo contactos con las familias

sacerdotales. En el templo, su condición era la de cualquier peregrino del interior, ignorante: un peregrino de Galilea que vino para cumplir la obligación. De ahí el escándalo de los judíos cuando ese peregrino sin cultura tomó la palabra y perturbó el orden del templo sin haber recibido mandato ninguno de las autoridades.

Aprendió a leer y escribir, un poco como todos los niños de su condición, para poder leer la Biblia. Sin embargo toda su cultura era de tipo oral. Si sabía escribir no usó ese arte para comunicarse con el pueblo. Nunca escribió su mensaje.

Por otro lado, no podemos menospreciar el valor y la fuerza de la cultura bíblica que recibió. No era ningún ignorante. La meditación de la Biblia daba a los judíos una visión del mundo y de la historia, una sabiduría y un vocabulario rico, instrumentos valiosísimos para expresar el sentido de la vida y el destino de un pueblo. No precisó más tarde de ninguna infusión de conceptos nuevos. La cultura recibida en la sinagoga, se reveló suficiente para publicar más tarde su mensaje. Por ser judío, Jesús sabía, y sabía que sabía. Se comparaba con los paganos y los samaritanos. El mismo habla así a la samaritana: «Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos: la salvación viene de los judíos» (Jn. 4, 22).

Jesús tiene conciencia de pertenecer a un pueblo superior, el único pueblo superior, aunque humillado por extranjeros. De hecho, la cultura judía le dio elementos que no habría recibido en tierra pagana. Por ser judío, Jesús no era esclavo, no tenía esclavos. En Nazaret, todos eran hombres libres, y conscientes de ser hermanos en la misma alianza en que Moisés reunió a todas las tribus de Israel. Podía haber injusticias en Nazaret. Sin embargo, el pueblo sabía que eran injusticias y no llamaba al mal bien, ni al bien mal. Todos creían en las promesas de justicia y de paz de los profetas. Imposible infravalorar esa formación judía. No digamos que desconocemos la formación recibida por Jesús. Nosotros la conocemos muy bien.

Pues debía ser la misma que diéramos a nuestros hijos: el Antiguo Testamento entero, con sus esperanzas, con su fermentación incesante de denuncias, de protestas, de angustias, de aspiraciones, de testimonio y de profecía.

Jesús asimiló completamente esa cultura bíblica. Se identificó con la sustancia del Antiguo Testamento. La meditó tan profundamente que todo su pensamiento no fue otra cosa sino una expresión de la Biblia. Entretanto, no se sintió forzado por la letra. La dominaba hasta tal punto que la podía citar libremente sin miedo a equivocarse en cuanto al sentido profundo. Más aún: sabía hacer distinción entre aquello que era realmente expresión de la palabra de Dios y lo que Moisés había concedido por la dureza de corazón de los Israelitas (Mc. 10, 5).

Jesús tenía perfecta conciencia de la extraordinaria libertad que el mensaje bíblico confiere al hombre ante todos los poderes de la tierra. Ni el poder inmenso de César le impresionó. Los paganos tiemblan, los romanos aceptan el yugo, los pueblos del imperio aceptan la esclavitud. Sin embargo, los judíos no ceden. Ni un sencillo carpintero se deja intimidar por la grandeza del imperio romano, del emperador y de sus ejércitos. En eso, Jesús no fue el único. ¿Cuántos judíos no tenían esa conciencia? Basta recordar los hechos escritos en los libros de los Macabeos, o la lista de revueltas de los judíos contra los ocupantes sucesivos de la tierra de sus antepasados.

Por ser judío, Jesús había aprendido también que todos los hijos de Israel son hermanos e iguales, que no puede haber opresores y oprimidos entre ellos. Esa conciencia de fraternidad era única en aquel tiempo. Incluso hoy, toda conciencia de fraternidad social deriva de ella.

La vocación

¿Cómo nació y se desarrolló en la conciencia de Jesús la idea de su vocación? No lo sabemos. Es realmente un hecho notable que jamás, en su misión, él haya llamado la atención

hacia su vida anterior, esa vida de Nazaret. Esa vida privada suya era secreto, pasado totalmente oculto. ¿Cómo se originó su vocación? Ese problema no tenía, en su mente, ningún interés en relación con el propio ejercicio de su misión.

Jamás explicó Jesús realmente quién era El. Dejó a los judíos, a las masas, y a los mismos discípulos en la duda. Los demonios lo denunciaban. Mandaba a los demonios callar (Mc. 2,12). Las multitudes lo aclamaban como Mesías y El huía lejos. Juan Bautista queda perplejo y manda preguntarle por medio de sus discípulos: «¿Eres tú aquel que ha de venir o debemos esperar a otro?». Les respondió Jesús: «Id a contarle a Juan lo que veis y oís: los ciegos recobran la vista y los cojos andan; los leprosos son curados y los sordos oyen...» (Mt. 2, 3-4). Sin embargo no dice quién es El.

Cuando Pedro, respondiendo a la pregunta de Jesús, le dice: «Tú eres el Cristo» (Mc. 8, 29), Jesús «les dio severamente la orden de no decirlo a nadie» (Mc. 8, 30).

Nada nos permite imaginar la conciencia que Jesús tenía de sí mismo en esas circunstancias. De cualquier manera, nunca, nadie, durante todo el tiempo de su vida terrestre, desconfió que fuese más que un hombre. Si bien sabían que era un hombre fuera de lo común. Sus discípulos sabían que las cosas que hacía y las palabras que decía, procedían de Dios y lo calificaban como persona revestida de una misión divina. La imagen del Mesías estaba presente en la conciencia de todos. ¿No será él el Mesías? Pero nadie desconfió que pudiese ser algo más. Ese algo más estaba bien escondido. No se transparentaba. De hecho en todos los comportamientos referidos por los evangelistas (salvo por San Juan que muchas veces proyecta en el evangelio las cosas que descubrió después de la resurrección), nada permitía sospechar algo superior a la naturaleza humana. Sin duda, Jesús era un hombre que superaba todos los modelos conocidos por sus contemporáneos. Pero era hombre.

No debemos en seguida condenar la «falta de fe» o la «ce-

guera» de los contemporáneos y hasta de los discípulos. ¿No sería mejor respetar el anonimato de Dios? Si Dios quiso que su presencia particular en el hombre Jesús permaneciese oculta, debía tener motivos. ¿Por qué querer en seguida descubrir el velo? ¿Ese secreto no tendrá su razón de ser? ¿No será que nosotros precisamos acompañar al hombre Jesús durante un buen camino, en su humanidad de hombre, simplemente hombre, como si no estuviera en él una persona divina, en lugar de querer en seguida penetrar hasta el secreto de su divinidad? ¿No querría Dios manifestar que si no hiciéramos esa larga caminata para compenetrarnos con la humanidad de Jesús, podríamos perder su verdadera divinidad y descubrir, en lugar de ella, un ídolo colocado por nosotros mismos?

Es significativo que Jesús nunca promovió, ni sugirió, ni aceptó cualquier forma, cualquier gesto, cualquier palabra de culto dirigido a él. Los discípulos lo trataban con respeto, a veces con temor, nunca con adoración o con sentimientos religiosos. Lo tratan como si fuese profeta, taumaturgo o mesías, nunca como a un Dios. Eso no pasó por sus cabezas. Más tarde sobre todo cuando el mensaje de Pablo llevó el cristianismo a tierras paganas, en Asia sobre todo, comunidades surgidas en el medio de los cultos orientales, crearán una liturgia en honor de Jesucristo, darán culto a Jesús. Hubo un tiempo en que ser cristiano apareció ante los ojos del mundo como «practicar el culto a Jesús». Hay los que practican el culto de Serapis, otros de Atis, otros de Mitra, otros de Cristo. Con todo, no podemos aceptar precipitadamente esa definición de ser cristiano. Lo que los evangelios nos enseñan es que Jesús quiere, en primer lugar, discípulos que lo acompañen y continúen su misión, y no discípulos que practiquen su culto, haciendo, después, cada uno, su vida a su modo. El culto a Jesús es legítimo. Sin embargo precisa ser moderado, para dejar lugar también al camino por el que los discípulos deben seguir a Jesús como hombre, simplemente hombre, prescindiendo de la cualidad divina. Durante buena parte del camino precisamos

adoptar y respetar el anonimato de Dios y darnos cuenta de que Jesús es hombre, puro hombre, y escucharlo, acompañarlo como se acompaña a un hombre.

La soledad

Lo que más se destaca, en primer lugar, en el retrato de Jesús, es la soledad. Ya lo vimos distante de la propia familia. El realiza en la propia vida la exigencia impuesta a los discípulos: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt. 10, 37). Puede decir: «Todo aquel que abandonaré casas o hermanos o hermanas, o hijos o campos por amor de mi nombre...», porque El mismo lo hizo antes.

Una vez emancipado de la familia, quedó solo: no tuvo esposa ni hijos. No se acordó más de los compañeros de juventud, de los colegas, de los amigos con quien conversaba a las puertas de su aldea. No entró en ningún partido, no fue de ninguna secta. No fue esenio ni fariseo. No aceptó ninguna clasificación. Es un hombre solitario.

Cuando se retira para orar en un lugar desierto, está solo (Mc. 1, 35). No es de extrañar que los tres discípulos lo dejen abandonado a una oración solitaria en Getsemaní (Mc. 14, 32-42). Siempre fue así. Entre él y los discípulos que escogió, la relación siempre fue, en cierto modo, unilateral o desigual. El siempre fue el maestro, y ellos los alumnos. No hubo realmente amistad en forma de camaradería. Fue una amistad como entre maestro y alumnos, justamente. Esa forma de amistad no quita la soledad. Esa soledad San Juan la manifiesta indirectamente en una reflexión que hace con ocasión de la venida de Jesús a Jerusalén: «Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de ser informado al respecto de quienquiera que fuese, pues sabía lo que había dentro de cada uno!» (Jn. 2, 24-25). Esa intuición lo aislaba inevitablemente.

En realidad, desde el día en que se sintió llamado desde Galilea al Jordán, donde Juan bautizaba, Jesús no se perteneció más. Vivía consumido, absorbido por su misión. No tenía ya vida privada. Su vida era su misión. Ya no tiene casa: «Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo tienen nidos; sin embargo, el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (Mt. 8, 20). Ya no se detiene. Cuando los discípulos lo buscan, él responde: «Vamos para otros lugares, a las aldeas vecinas, para que yo predique también allí, pues para eso sa- lí» (Mc. 1, 38).

De ahí la soledad: los otros quedaban atrás preocupados por mil negocios. Sólo él andaba sin parar siempre atraído por la perspectiva de la misión que le esperaba. Nadie compartía con él esa preocupación tan total.

Con todo, solitario en la vida, y solitario en la muerte, Jesús vivió rodeado de personas. Casi nunca materialmente solo: en medio de la multitud murió en la cruz, y en medio de las multitudes evangelizó durante los años de su vida pública. Tuvo pocas horas para sí mismo. Fue solitario en medio de las masas, de los amigos y de los enemigos, que no le dejaban entregarse a sí mismo. Su vida no se parece, en modo alguno, a la vida de un monje que vive recluso en un monasterio, por lo menos en cuanto al modo exterior de vivir.

Además, no siente coacción en medio de los hombres. No practica el culto de la soledad. No tiene ilusiones sobre los hombres. Sin embargo no los desprecia. Tuvo palabras duras, indignadas, apasionadas, crueles, pero no tuvo palabras de desprecio. Insultó a los fariseos, sus adversarios, pero no despreció a nadie.

Los amigos

La soledad no era insensibilidad. Por el contrario. Jesús no manifiesta esa tensión psicológica que aflige, a veces, a ciertos líderes religiosos. No se volvió distante, aéreo, inalcanzable,

como ciertas personas importantes sumergidas en las responsabilidades. No aborda a las personas con aire de quien está con prisa porque tiene mil negocios que lo esperan. No deja de ser un sencillo artesano en su relación con las personas. Trata los asuntos uno por uno. No hace síntesis. No planea. No organiza. Trata a cada persona teniendo en cuenta que se trata de un amigo —o de un enemigo—, en todo caso, una persona concreta.

Jesús tuvo amigos. Los textos conservaron el recuerdo de algunos episodios. Hubo esas mujeres que se sacrificaron discretamente para cuidar de su vida material, y que el evangelio cita sin comentarios, respetándoles la discreción para siempre: «algunas mujeres que habían sido curadas de malos espíritus o de dolencias: María, llamada la Magdalena, de la cual habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cuza, intendente de Herodes; Susana y muchas otras que le prestaban asistencia con sus bienes» (Lc. 8, 2-3).

Eran amigos, María, Marta y Lázaro que encontramos en el episodio más breve de Lc. 38,42, y en la larga narración de la resurrección de Lázaro, en el evangelio según Juan. También la amistad queda subordinada a la misión de Jesús. Los evangelistas dan a entender que las visitas fueron por motivos misioneros. No hay división en la vida de Jesús. Todo debe ser señal del mensaje que le incumbe anunciar. Amigos fueron también los discípulos: «Os llamaré amigos» (Jn. 15, 15), les dice Jesús. Sin embargo esa amistad es, en cierto modo, una vocación, una tarea, más que una relación actual concreta: «Vosotros seréis mis amigos si practicais lo que os mando» (Jn. 15, 14). De cualquier modo, precisamos evocar la relación entre Jesús y los discípulos.

Los discípulos

Ya tocamos la unilateralidad de la relación entre Jesús y los Doce. El mismo subraya este hecho: «No me escogísteis a mí: yo os escogí» (Jn. 15,16). Con esas condiciones, ya se ex-

plica por qué los evangelios no dan valor a las relaciones «interpersonales», o a la psicología de la amistad. La relación de Jesús con sus discípulos no se puede comprender fuera del contexto de la misión. Jesús no se liga con la familia de sus discípulos, con sus amigos o compañeros. «Otro de entre los discípulos le dice: Señor, déjame primero enterrar a mi padre». Pero Jesús le replica: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt. 8, 21-22).

Los recuerdos evangélicos que se refieren a la relación con los discípulos, están colocados bajo estos dos focos luminosos: la elección por Jesús, y la misión. No encontramos nada de esas conversaciones particulares que recogieron «las florecillas» de San Francisco.

La elección ya tiene en cuenta la misión futura: «Al pasar a lo largo del lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, lanzando las redes al mar, porque eran pescadores. Y Jesús les dice: «¡Seguidme, os haré pescadores de hombres! Inmediatamente abandonaron las redes y lo siguieron» (Mc. 1, 16-18).

La segunda etapa viene después de un tiempo indeterminado: «Andaba Jesús por las aldeas de los contornos y enseñaba. Llamó a los Doce y los envió de dos en dos. Les dio poder sobre los espíritus impuros, etc.» (Mc. 6, 6-7). Esa primacía de la misión no se debe interpretar en el sentido de una relación de pura funcionalidad. Dentro de la vida común al servicio de una misión común nació un entroncamiento profundo y un verdadero apego de los discípulos, basado en un reconocimiento verdaderamente humano. Los discípulos no son los sacerdotes servidores del culto de su Dios, pero tampoco son servidores o empleados al servicio de una empresa de conquista de las almas. Son colaboradores y realmente amigos. Sin eso, no se comprendería la reacción de fidelidad de los discípulos, por ejemplo, en la hora del peligro, cuando Jesús fue llamado a Betania. «Dice entonces, Tomás, llamado Dídimo, a los compañeros: Vamos también y muramos con él» (Jn. 11,

16). Aunque es verdad que esa fidelidad no se confirmó a la hora de los hechos, no se le puede negar todo contenido. Los sacrificios que de hecho aceptaron los discípulos, muestran el afecto que le dedicaban. Como decía Pedro: «He aquí que nosotros abandonamos todo para seguirte» (Mc. 10, 28). Realmente Jesús suscitó sacrificios radicales. Incluso en la hora de la incertidumbre, cuando Jesús preguntó a los Doce: «¿No queréis, acaso, iros también vosotros?». «Señor, le respondió Simón Pedro, ¿a quién iremos?. Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6, 67-68).

Con todo, siempre hubo entre él y ellos un área de incomunicabilidad. Jesús no pudo hacer que los discípulos penetrasen en el aspecto más desconcertante de su misión, esa marcha tan precipitada hacia la muerte. No es de admirarse. Podemos creer que ése será siempre el obstáculo existente entre Cristo y los cristianos. Al principio, parece que Jesús mantuvo el silencio y no quiso comunicar el presentimiento que tenía de su muerte inminente e insuperable. Más tarde, comenzó a avisar a los suyos. Sin embargo, «Pedro, llamándole aparte, comenzó a censurarlo. Pero él, se volvió, y mirando fijamente a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: Retírate de mí, satanás. Porque tus pensamientos no son de Dios, sino de los hombres» (Mc. 8, 32-33). La incompreensión se extendía también a otros aspectos. En cuanto Jesús permanecía abierto y disponible para un reino que quedaba totalmente en las manos de Dios, imprevisible, imponderable, inescrutable, los discípulos ya hacían especulaciones: como los eclesiásticos de todos los tiempos; ya hacían del reino «su» negocio y procuraban organizarlo: «Entonces, los discípulos se acercaban a Jesús para preguntarle: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos» (Mt. 18, 1). Otra vez: «se le aproximaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dicen : 'Maestro, queremos que nos concedas todo lo que te vamos a pedir'. Les respondió: '¿Qué quereis que haga?'. 'Concedéndonos, le contestaron, que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (Mc. 10, 35-37).

La incomunicabilidad entre Jesús y sus íntimos aparece todavía en el contexto de la última cena, cuando Felipe de repente le dice: «Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta». «Tanto tiempo hace que conviví con vosotros, le dice Jesús, ¿y todavía no me conocéis, Felipe? Quien me vio a mí, vio al Padre» (Jn. 14, 8-9).

Finalmente, la distancia entre ellos apareció en los últimos días: la traición de Judas que fue un escándalo para los compañeros que, aparentemente, no la esperaban, la huída de los otros, y la negación de Pedro. Pero aún así no podemos concluir que la convivencia de esos tres años fuera un fracaso. La lección a sacar no es el fracaso, sino la fragilidad de todas las adhesiones. A pesar de eso, la convivencia valió; de eso tenemos una demostración muy clara en la historia posterior. No podemos simplemente mostrar una oposición entre la flaqueza de los apóstoles antes de la resurrección y la fuerza de su fe después. Si así fuera, nada tendríamos que aprender de la vida de los discípulos, y toda nuestra inspiración estaría en la fe de las comunidades que surgieron posteriormente. Sería olvidar el hecho de que la resurrección de Cristo no nos quita la flaqueza. También nosotros estamos en peligro de caer en las tentaciones de los apóstoles. Eso no quita el valor de ese aprendizaje imperfecto que hicieron de las enseñanzas del maestro.

Las multitudes

Jesús atrajo a las multitudes. Cuando el pueblo tuvo conocimiento de las curaciones maravillosas que hacía, las multitudes acudieron. Como también hoy, cuando surge la fama de un taumaturgo, las multitudes se precipitan. Millares y millares de miserias humanas habitualmente escondidas aparecen a la luz del día. Y Jesús no se niega a la multitud. La enseña. No reserva sus enseñanzas a un grupo de privilegiados. Habla para todos, abierta y públicamente, de acuerdo con sus pará-

bolas, la del sembrador y de la simiente, por ejemplo (Mc. 1, 28, 32, 35; 2, 1, 11).

«Se retiró Jesús con sus discípulos en dirección al lago, y una gran multitud venida de Galilea lo siguió. También de Judea, de Jerusalén, de Idumea, de Transjordania, de las regiones de Tiro y Sidón, una gran multitud, oyendo cuanto hacía, vino a estar con él. Dijo entonces, a los discípulos que tuviesen una barca a su disposición, a fin de que la multitud no lo oprimiese tanto: pues había curado a muchos y todos los que tenían alguna enfermedad se precipitaban para tocarlo» (Mc. 3, 7-10). Más tarde «fue de nuevo a enseñar al lado del lago, y una numerosa multitud se juntó a El. Por eso subió a una barca y se sentó en ella, en el lago, mientras la multitud quedaba en tierra a la orilla del mismo» (Mc. 4, 1).

Entretanto, Jesús nunca permanece con la multitud. No la organiza, ni le propone formas de acción. Habla y sigue su camino. De la misma manera en Jerusalén habló diversas veces públicamente en el templo, pero no procuró recoger los frutos de sus sermones. Se puede aplicar a sí mismo lo que dijo a los suyos: «Uno planta y otro recoge. Yo os mandé recoger lo que no es fruto de vuestro trabajo; otros trabajaron y vosotros aprovecháis de su trabajo» (Jn. 4, 37-38).

De cualquier modo, Jesús no permaneció escondido. Muy por el contrario, en poco tiempo, se volvió personaje conocido y discutido por todos. Se volvió el centro de los debates, objeto de controversias apasionadas. No evitó la publicidad: la buscó. De esa manera, vivió acompañado por una multitud que se renovaba sin cesar y no le dejaba sino poca tranquilidad. Después de poco tiempo, llegó a suscitar inquietud a los poderes públicos: Herodes, los ancianos, los sacerdotes, los escribas, Pilatos, estaban alarmados. En verdad, Jesús podía declarar a Caifás: «Yo hablé públicamente al mundo; enseñé siempre en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen los judíos, nunca hablé a escondidas, ¿por qué me interrogas? Pregúnta a los que oyeron lo que les enseñé» (Jn. 18,20-21).

Finalmente Jesús murió abandonado, solitario, aunque en medio de la multitud de su pueblo, frente a las autoridades que lo condenaron. Su carrera humana termina en un interrogante: ¿quién es ese hombre? ¿Cuál es el objetivo de semejante destino? Desde el principio hasta el fin, aparece una línea continua: una misión absorbe al hombre sin destruir, sin embargo, su humanidad. Jamás dio la impresión de ser una máquina de cumplir una misión. Estaba como atraído, absorbido por un destino: la muerte final, el testimonio de su muerte. Con todo, esa convicción no lo hizo huir lejos de los hombres. Hubiera podido pasar los tres años que lo separaban de la muerte, en una especie de retiro de preparación. Hizo su tiempo de retiro en medio de las masas, en medio de un grupo de discípulos que no lo dejaron casi nunca solo.

Tal fue el hombre. Para nosotros, él es dos veces un extranjero, difícil de comprender. Extranjero por ser judío. Sus gestos y las palabras nunca pierden para nosotros un cierto tono de exotismo. Está fuera de nuestras categorías. Bien sabemos que esa extrañeza favorece una cierta fijación en un mito. Es difícil mitificar a personas muy próximas y además conocidas. Un cierto aire extranjero crea un misterio favorable a una mitificación. Por tanto, la extrañeza que provoca en nosotros el texto evangélico no puede ser pretexto para una fijación fácil en un retrato convencional, como esas imágenes que se imprimen y lo representan con un ropaje convencional, con cabello largo y rostro casi femenino, estilo «Jesús», de un exotismo que la rutina volvió ya reconocible. Esas convenciones falsifican la humanidad de Jesús, sustituyéndolo por un símbolo convencional (por ejemplo, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús), en que el inconsciente humano encuentra probablemente ciertas satisfacciones, pero que se aparta mucho de la realidad histórica. Precisamos realmente hacer el esfuerzo de traducir el lenguaje judío de este Jesús al lenguaje de nuestra cultura. Si no, caeremos en el mito.

En segundo lugar, Jesús es extranjero porque pertenece a

una época pretécnica, de cultura oral y de economía artesanal. Los campesinos de hoy aún tienen acceso inmediato a él. Los otros, los que ya pasaron por las escuelas modernas, precisan recuperar un alma de persona pre-técnica para comprender. El orgullo del desarrollo esconde la realidad, y se deja desorientar por hechos culturales de una fase anterior de evolución. Jesús se manifestó en una cultura pre-técnica. Es preciso traducir y procurar comprender. Su sabiduría no mejora al contacto con las ciencias y las técnicas de hoy. Es de otro orden. Su revestimiento de cultura arcaica no debe separarnos de su sabiduría.

3. Libre

Un pueblo libre

Jesús fue eminentemente un hombre libre. Hizo resplandecer su libertad ante sus adversarios. Su ejemplo emancipó la conciencia de sus discípulos y rebajó el poder de aquellos que pretendían disciplinarla. Murió después de tres años de vida pública solamente, porque no quiso ocultar, o por lo menos atenuar, las manifestaciones exteriores de su libertad: murió porque desafió la prudencia y la sabiduría de los poderosos que se sintieron amenazados por su libertad. Esa libertad no es solamente un rasgo de su carácter, una señal distintiva de su personalidad. Es mucho más: Jesús se mostró como hombre libre, porque la liberación y la libertad eran el núcleo de su mensaje. San Pablo condensa ese mensaje en pocas palabras: «Fuisteis llamados, hermanos, a la libertad» (Gál. 5, 13). «Para que quedemos libres es por lo que Cristo nos liberó» (Gál. 5, 1).

Esa aspiración a la libertad, ese ambiente de libertad, Jesús

no los creó, no los inventó: los encontró en medio de su pueblo. Sin embargo, supo y quiso clavarlos hasta el fondo del alma de su pueblo, el pueblo de Israel, y suscitar del fondo del alma de su pueblo una exigencia absolutamente radical, como ningún israelita había hecho hasta entonces.

Los judíos decían de sí mismos con orgullo: «Somos posteridad de Abrahám y jamás fuimos esclavos de nadie» (Jn. 8, 33). Con eso querían decir que nunca habían aceptado su esclavitud: pues habían sido esclavos en Egipto, y en Babilonia; habían conocido reyes que los violentaron y los redujeron a una condición de esclavos. Sin embargo nunca aceptaron esa condición con conformismo o como destino ineludible.

Dios fue el libertador de Israel en el tiempo de la esclavitud de Egipto. Moisés, que «Dios envió como guía y libertador» (Hec. 7, 35), dice a los hijos de Israel: «Dios suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo» (Hec. 37). Para Esteban, que recuerda esas palabras antiguas, no hay duda de que ese profeta, nuevo libertador, es el propio Jesús. Isaías anunció la renovación de la liberación de Egipto mediante la promesa de un nuevo Exodo, y los discípulos reconocieron que esas promesas correspondían a la obra de Jesús y a su modo de ser. Ante las manifestaciones de Jesús, el pueblo espontáneamente lo identificó con el Mesías, esto es, con aquel de quien se esperaba una nueva liberación. Jesús no respondió a ese llamamiento del pueblo, muchas veces explicitado, y no admitió ser aquel que se esperaba. No quería que se difundiese el rumor de la llegada del Mesías. Entretanto, con los discípulos, acepta que Pedro lo identifique como ese mismo Mesías (Mc. 8, 29). Las esperanzas de los discípulos de Emaús no eran vanas: «Nosotros esperábamos que fuese el que habría de liberar a Israel» (Lc. 24, 21). Jesús respondió de otra manera a sus esperanzas. De cualquier modo, todo se desarrolla en un mundo de preocupación por la libertad. Jesús nació, creció, se formó en medio de un pueblo preocupado con la libertad. Recibió de ese pueblo el sentido de la libertad. En él

mismo, la conciencia de su misión se desarrolló en consonancia con las angustias y las aspiraciones de un deseo exasperado de libertad.

Los demás pueblos estaban conformados, resignados ante la fatalidad. ¿Cómo imaginar a Jesús naciendo en una familia de esclavos en Roma, o en una tribu en que el compromiso aplasta cualquier iniciativa individual, o en una familia de dominadores? En realidad, sólo podía nacer en Israel donde las personas eran pobres, pero dignas, vencidas y explotadas pero no conformistas, ni interiormente sumisas.

Además, en aquel tiempo, la dominación romana tendía a exasperar el deseo de independencia nacional. Ahora bien, ése es apenas un aspecto, y no el más fundamental de la cuestión de la libertad. La independencia no confiere inmediatamente la libertad. Después del dominador extranjero, puede suceder una dominación nacional que no sea mejor que la anterior. Sabemos que Jesús jamás simpatizó con los movimientos de guerrilla que creían poder conquistar la independencia nacional por medio de una lucha armada, y reducían el problema de la libertad a la autonomía del pueblo de Israel. Jesús no simpatizó, porque su preocupación por la libertad no se limitaba al pueblo de Israel, sino que se extendía a todas las naciones, y la lucha armada de Israel no era el mejor camino para que el mensaje penetrara dentro del propio imperio romano; habría sido cerrar todas las puertas. Por otro lado, la libertad tiene raíces más profundas, y no se establece simplemente por la conquista del poder político. Jesús conoce los límites inevitables e insuperables del poder político. La libertad pasa por otros caminos. Con certeza, Jesús tenía también, como la mayoría de sus contemporáneos, un buen sentido, suficiente para comprender que cualquier tentativa de revuelta del tipo de los Zelotes estaba condenada al fracaso: tan fuerte era el imperio romano en aquel tiempo cumbre de su poder.

De cualquier manera, ya el Antiguo Testamento permite comprender que la libertad de Israel no se refiere simplemen-

te a su relación con las demás naciones en el mero plano de la política internacional: la libertad era y debía ser un modo de ser, una forma de vida colectiva y personal de diferente calidad. Ser libre no es ser independiente, es vivir según el modo de la libertad. ¿Cuál es ese modo? La historia y los documentos fundamentales de Israel nos lo revelan.

El pueblo de Israel no es propiedad de nadie: pertenece a Dios. En él, por lo tanto, no hay dominadores y dominados. Todos son miembros de la misma alianza. Pues la alianza no es solamente un pacto entre Dios y los hombres. Es también un pacto, en que todos esos hombres, ligados al mismo Dios, se unen unos a otros. Son las primeras huellas, en la historia de la humanidad, de un pueblo reunido por un contrato aceptado voluntariamente. Cuando se celebró el contrato en el monte Sinaí, Dios dice: «Vosotros seréis para mí un pueblo de reyes y de sacerdotes» (Ex. 19, 6) (así, por lo menos, lo entendieron los cristianos, de acuerdo con el testimonio del libro del Apocalipsis). Dios quiso decir que los Israelitas no serían servidores ni de reyes, ni de sacerdotes. Todos serían reyes y sacerdotes: todos iguales. Las diferencias entre ellos serían solamente servicios (así lo postula el libro del Deuteronomio). La misión de Jesús se sitúa en la línea de la promesa de un pueblo de reyes y sacerdotes: un pueblo de hermanos, todos unidos por un mismo pacto y una misma alianza de fraternidad, todos iguales y respetuosos unos con otros, de acuerdo con el espíritu de las leyes que explicitaron ese espíritu.

En una palabra, Jesús no solamente nació en un pueblo en el que la libertad era, desde los orígenes, el eje de la vida nacional, sino que también, situó su misión dentro de la línea de ese eje principal. Reasume, desde la base, lo que es la vocación de su pueblo. Es lo que vamos ahora a examinar en sus hechos y palabras.

Independiente

Jesús vivió libre. No depende de la familia, ya lo sabemos. El único episodio que el evangelio nos refiere a propósito de su vida en Nazaret, nos le muestra como un adolescente consciente ya de la independencia en que su vocación lo coloca. Jesús no se liga a ninguna asociación, a ningún partido. No se somete a una sinagoga, como era costumbre entre los judíos. No se somete a las escuelas en que se forman los escribas. No conoce esa dependencia incluida en la búsqueda de un diploma. No es propietario y, por consiguiente, no precisa del apoyo de las leyes o de la política para defender sus propiedades.

Jesús no pidió nada ni a los ricos, ni a las autoridades: ni licencia, ni apoyo, ni colaboración. No tuvo necesidad de los poderosos. Sin duda, como siempre, esa fue para ellos la mayor ofensa, lo que más les hirió: mostró que no los necesitaba. Visita a los ricos, fariseos, personas notables: sin pedirles ayuda. Recibe a un hombre tan importante como Nicodemo: no le pide apoyo, ni una intervención favorable, o una palabra amiga en el senedrín. Sabe que si una persona de tal consideración garantizara su buena conducta en la asamblea, sería un buen argumento en su favor. Los ricos saben perdonar muchas ofensas a quienes les van a pedir dinero o recomendación. Jesús no buscó ninguna cobertura. Pilatos se extrañó: esperaba ciertamente que Jesús apelase a su clemencia. Habría sido una ocasión excelente para dar muestra de su poder. Todo indica que una petición suficientemente humilde habría sido suficiente para satisfacer la vanidad del representante romano. «¿No me respondes?». «¿No sabes que puedo ponerte en libertad o crucificarte?» (Jn. 19,10). Decididamente, Jesús se mostró inflexible. Cualquiera de nosotros hubiera sido probablemente mucho más flexible. No dio ni un solo paso para facilitar las cosas, para inclinar hacia él la indulgencia. Ninguna palabra para dulcificar a los judíos, ninguna palabra para calmar a Pilatos: desde el principio hasta el fin de su vida, no quiso de-

ber nada a nadie: nadie puede vanagloriarse de que él, Jesús, le debiera la vida o la tranquilidad. Inflexible, sin arrogancia, pero irreductiblemente inflexible. Además, esa característica marcó tan profundamente a los primeros cristianos que manifiestamente los mártires se inspiraron en ella, en las respuestas que dieron en los procesos que les hicieron los poderes romanos.

La liberación de Israel

Si queremos comprender el sentido de la libertad y de la liberación de Jesús, precisamos colocarlo dentro del contexto de su pueblo de Israel. Esa frase: «Si permanecéis en mi palabra, sois verdaderamente mis discípulos, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn. 8, 31-32), podría tener significados muy diversos. Hubo tiempos en que, inspirados por la cultura y por la filosofía de la antigüedad, los lectores imaginaban a Jesús como un filósofo preocupado por el problema de la vida interior, ajeno a las agitaciones del mundo exterior, para quien el problema de la libertad era, como para el filósofo-esclavo Epictetes, solamente un problema de libertad interior: era libre el esclavo que conseguía mantener su autonomía en el fondo más oculto de la conciencia. ¡Como si Jesús se hubiera preocupado por el problema de la vida interior y de la conciencia de sus discípulos! Hacían de él un moralista y un educador de las vidas interiores. Pero Jesús no era filósofo, y no entendía la libertad como los filósofos del mundo romano. Era judío y entendía la libertad como los judíos.

Estaba ante hombres libres. Jesús los tenía al alcance de su palabra. Era un pueblo integrado por los pobres de Israel educados en el espíritu de los profetas. No era necesario suscitarlos. Ellos, ese resto del verdadero Israel, serían los emisarios, los misioneros de la libertad en el mundo entero. ¿Qué había que hacer, entonces? Nada más y nada menos que proteger y garantizar la libertad de esos pobres de Israel de las amenazas,

de la seducción y de la falsa educación de los líderes religiosos que, como malos pastores, engañaban al pueblo de Israel. Los hombres libres estaban ahí, aunque seducidos, mantenidos en una falsa esclavitud por una falsa interpretación de los fariseos, de los sacerdotes y de los escribas.

En ese contexto entendemos el porqué de ese combate de Jesús contra los fariseos y los escribas. Jesús no precisaba formar un pueblo libre. Ya estaba formado. La única cosa que aún faltaba, era mostrarle la vanidad, la futilidad y la falsedad del falso Israel que se les enseñaba. Ellos eran los corruptores de Israel. Bastaba destruir su falso poder, liberar la conciencia de los sencillos de una falsa veneración, para restablecer el verdadero rostro, la verdadera imagen del pueblo de Dios. La libertad estaba ahí en esa tradición de Israel, depósito inagotable de espíritu liberador para todas las épocas. Falsos guías mantenían esas reservas apagadas, inutilizadas. Era preciso resucitar al pueblo adormecido por los malos consejeros, paralizado por una religión de preceptos y de obras, de temor y de rigor que les secaba completamente el espíritu de la libertad y la perspectiva de su vocación universal. Jesús definió su propia lucha en el punto central. Era preciso desengañar al pueblo de Dios, restituirle el sentido de su vocación, despertarlo para estar al servicio del reino de Dios, devolverle el sentimiento de su valor y de las energías divinas que Dios le había entregado. El mismo pueblo haría el resto.

Si fuese Jesús filósofo romano, sería significativo el hecho de que no trata los problemas de la ciudad o del imperio, no trata de las virtudes morales a nivel social. Parecería un filósofo de la intimidad, y de la vida personal: parecería el Jesús de Renán, que es también el Jesús de tantos católicos. Jesús no era filósofo romano. No trató de los problemas sociales y políticos, de los problemas de la ciudad y del imperio, no porque esas cosas no tuvieran importancia para el reino de Dios, sino porque esas cosas el pueblo las resolvería. No era preciso definir las revoluciones del futuro: el pueblo se encar-

garía de eso. Jesús no vino a sustituir al pueblo de Dios, ni a proporcionar un líder social, político o militar: vino solamente para liberar a ese pueblo del miedo y de la falsa sumisión religiosa en que los fariseos lo mantenían. Una vez libre de esa falsa religión, el pueblo libre, educado en la tradición del Antiguo Testamento, haría el resto: hizo el resto, o comenzó a hacer el resto en los veinte siglos que nos separan de ese mensaje. Por eso, Jesús no luchó contra el sistema económico, social, político de su tiempo: el pueblo haría eso. El liberó al pueblo del adversario que lo mantenía esclavizado dentro de sí mismo.

Así se explica también por qué Jesús dejó a los sacerdotes en paz, y también a los ancianos: ellos no tenían prestigio ante el pueblo, no ejercían influencia. No era preciso derrumbarlos. Ya estaban abajo. Sin embargo, los fariseos eran los piadosos, los religiosos, su fama de santidad impresionaba. Presentaban títulos para reivindicar la cualidad de auténticos intérpretes de la ley de Israel. Ahí estaba la amenaza y el peligro, la mayor corrupción para ese Israel de quien se juzgaban los guías y defensores más puros. Liberar a Israel del yugo de los escribas y de los fariseos: restituirle el alma y el ímpetu del Espíritu de Dios: a esa tarea Jesús consagró la mayor parte de sus trabajos.

¿Cómo luchar contra la falsa religión de los escribas y de los fariseos? Primero mostrándose él mismo libre de ella, hacer gestos solemnes y claros de rechazo y de condenación de esa religión. De ahí el elemento de provocación que hay en la actitud de Jesús ante la ley interpretada por los fariseos. En lugar de buscar la conciliación, Jesús quiere la ruptura. En este punto él mismo se aplica la exigencia que presentaba a sus discípulos: «Vine a enfrentar al hijo con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra: a tener por enemigo gente de la misma familia» (Mt. 10, 35-36).

Jesús provocó la ruptura ante las apariencias de piedad y de santidad. El no tendrá «apariencia de santidad», no tendrá

«cara de santo». De hecho los escribas y los fariseos reaccionan en seguida. Dicen: «¡He aquí un comilón y un borracho, un amigo de los cobradores de impuestos y de los pecadores!» (Mt. 11, 19). Un día «estando los discípulos de Juan y los fariseos ayunando, fueron a decirle: '¿Por qué, mientras que los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, los tuyos no ayunan?' (Mc. 2, 18), Jesús les respondió: '¿Acaso es bueno que los convidados a una boda ayunen mientras el esposo está con ellos? Mientras el esposo está con ellos, no es bueno que ayunen'» (Mc. 2, 19).

Jesús se libera, y libera a los suyos, de las instituciones religiosas en que los escribas mantienen prisionero al pueblo. Un día de sábado, al pasar Jesús por los campos, sus discípulos, mientras caminaban, comenzaron a coger espigas. Le dijeron, entonces, los fariseos: «Ves. ¿Por qué hacen en sábado lo que no es lícito?». Les respondió: «¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando estaba necesitado y tuvo hambre él y sus compañeros? Cómo entró en la casa de Dios, en tiempos del sumo sacerdote Abiatar, y comió los panes de la ofrenda, que solamente a los sacerdotes era lícito comer, y hasta les dio a sus compañeros». Y añadió: «El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado» (Mc. 2, 23-28).

«Cuando Jesús entró de nuevo en la sinagoga, estaba allí un hombre que tenía una de las manos seca. Quedaron ellos vigilando, para ver si lo curaba en día de sábado, con el fin de acusarlo. Le dice al hombre que tenía la mano seca: '¡levántate y ven al medio!' Y entonces les preguntó: '¿Es lícito, en sábado hacer bien o mal, salvar una vida o destruirla?'. Pero ellos callaban; mirando encolerizado a los circundantes y profundamente entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: 'Extiende la mano'. El la extendió, y su mano quedó curada. Entonces, los fariseos salieron y deliberaron con los herodianos, sobre el medio de quitarle la vida» (Mc. 3, 1-6). Está claro que Jesús podía haber evitado ese conflicto. Podía haber curado a ese herido el día anterior o el siguiente. Quiso

el conflicto para liberar a los suyos del temor a la ley y a sus intérpretes.

Las reglas de pureza constituían otro criterio de selección de los «hombres de bien». «Los fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén, se reunieron con Jesús, y observaron que algunos de sus discípulos tomaban los alimentos con manos impuras, esto es, no lavadas» (Mc. 7, 1-2). Lucas atribuye la desobediencia al propio Jesús: «Mientras hablaba, cierto fariseo lo invitó a comer a su casa. Jesús entró y se puso a la mesa. Viendo esto, se asombró el fariseo de que no hubiese hecho las abluciones antes de la comida» (Lc. 11, 37-38). El escándalo es mayor todavía.

Otro motivo de escándalo es su trato con los pecadores públicos. En el día de la vocación de Leví, hijo de Alfeo, «cuando Jesús se hallaba a la mesa en su casa, muchos cobradores de impuestos y pecadores estaban a la mesa con El y sus discípulos; pues eran muchos los que lo habían seguido. Cuando los fariseos vieron que comía con los pecadores y cobradores de impuestos, preguntaban a sus discípulos: «¿Por qué come y bebe con los cobradores de impuestos y los pecadores?» (Mc. 2, 14-16).

«Un fariseo lo convidó a comer. Entró, pues, Jesús en la casa del fariseo y se puso a la mesa. Y he aquí que una mujer, una pecadora de la ciudad, sabiendo que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás, a los pies de Jesús, se puso a regarlos con sus lágrimas; los enjugaba luego con sus cabellos; los besaba y los unguía con el perfume. Viendo esto, el fariseo que lo había convidado se dijo a sí mismo: 'Si este hombre fuese profeta, sabría quién es la mujer que lo toca, y que es una pecadora'. Jesús, entonces, tomó la palabra, etc.» (Lc. 7, 36-40).

Jesús refiere su conducta directamente a Dios, y no a los preceptos establecidos por tradiciones humanas. Crea así, entre los discípulos, una relativización radical de todas las insti-

tuciones humanas, actitud que debía más tarde provocar una crítica permanente a la sociedad.

El combate

Los fariseos terminarán por caer en la cuenta de que eran el blanco principal de las denuncias de Jesús, justamente ellos el partido más religioso, más fielmente apegado a la religión. Procurarán someterlo a examen de acuerdo con sus criterios: el conocimiento del derecho eclesiástico. «Se le acercaron, entonces, los fariseos y le preguntaron: «¿Es lícito al marido repudiar a su mujer?». Hacían esto para someterlo a una prueba» (Mc. 10, 2). Más tarde, «le enviaron algunos fariseos y herodianos para envolverlo con palabras. Llegaron y le dijeron: ...«¿Es o no lícito pagar tributo al César?» (Mc. 12, 13-14). «Aparecieron los fariseos y empezaron a discutir con él; y con el fin de ponerlo a prueba, le pedían una señal venida del cielo. Dio, entonces, Jesús un suspiro profundo y dijo: «¿Por qué pide esta generación una señal? En verdad os digo, no se le dará tal señal a esta generación» (Mc. 8, 11-12).

Jesús advierte a sus discípulos: «¡Atención! ¡Guardaos del fermento de los fariseos y del fermento de Herodes!» (Mc. 8, 15).

La tradición recogida por el primer evangelio enuncia una lista de denuncias y acusaciones directas:

«Los escribas y los fariseos ocupan la cátedra de Moisés; ...dicen y no practican. Amarran pesados fardos en las espaldas de los hombres, pero ellos mismos no los quieren mover ni con el dedo» (Mt. 23, 24).

«Practican todos sus actos de modo que sean vistos por los hombres... Gustan de los primeros puestos en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas; gustan recibir saludos en las plazas y de ser llamados rabí por los hombres» (Mt. 23, 5-7).

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que ce-

rrais el reino de los cielos a los hombres...! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis tierra y mar para atraer un prosélito, y, una vez conquistado, lo hacéis merecedor del infierno dos veces más que vosotros...! ¡Ay de vosotros, guías ciegos...! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagais el diezmo de la hierbabuena y del comino, pero transgredís los puntos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad...! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque purificais la parte exterior del cuerpo y del plato, mientras que el interior queda lleno de rapiña e intemperancia...! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, por fuera dotados de bella apariencia, pero por dentro... todo podredumbre...! ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que construís sepulturas para los profetas y adornáis los túmulos de los justos...!, sois los hijos de los asesinos de los profetas...! ¡Serpientes! ¡Raza de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?» (Mt. 23, 13-33).

La lucha de Jesús no va directamente contra las autoridades sociales, ni contra las autoridades judías, ni contra las autoridades romanas. A primera vista es solamente una lucha contra un partido religioso, contra una interpretación de la religión. Sin embargo, las autoridades perciben muy bien que esa interpretación de Jesús no es una opinión cualquiera de una nueva escuela rabínica, una entre muchas. Adivinan que esta nueva interpretación cuestiona a la sociedad entera. Ellos no están dispuestos a dejar que la sociedad sea cuestionada. Los escrúpulos no les preocupan demasiado. Pero una posición de libertad y una proclamación de libertad al pueblo de Israel constituyen una amenaza. De ahí la preocupación de las autoridades. Jesús no hace ningún acto de insurrección. Pero tampoco hace gesto alguno de conciliación para tranquilizar a las autoridades. Mantiene toda su libertad.

Libertad ante las autoridades judías: andando Jesús por el templo, se le acercaron los jefes de los sacerdotes, los escribas

y los ancianos, y le preguntaban: «¿Con qué autoridad haces tú esas cosas? ¿O quién te dio esa autoridad para actuar así?» (Mc. 11, 27-28). Después de interpelar por su parte a los interlocutores, Jesús concluye: «No os digo con qué autoridad hago estas cosas» (Mc. 11, 13).

Pilatos hizo a Jesús una pregunta semejante: «¿De dónde eres tú?» (Jn. 19, 9). Como los jefes de los judíos, Pilatos quería examinar los títulos que Jesús podría presentar para actuar como actuaba. Jesús no se somete a examen: No le respondió nada. Le dice entonces Pilatos: «¿No me respondes? ¿No sabes que te puedo poner en libertad o crucificarte?». Pilatos quiere ser el juez. Jesús no cede a esa exigencia, aunque no tenga nada contra la persona de Pilatos y el modo como Pilatos ejerce el poder que recibió.

Esa manera de llevar su combate, hizo que Jesús no pudiese huir de la muerte. No quiso sacrificar nada de su libertad, no quiso hacer concesiones. Fue víctima consciente y deliberada de su radicalismo. En esta tierra sólo se salva quien acepta hacer compromisos y quien acepta acomodarse a las fuerzas dominantes. Con todo, a medio y largo plazo, la intransigencia salvó al grupo de los discípulos y a la Iglesia futura. Los discípulos llegaron a percibir la oposición radical entre el sistema establecido en el judaísmo y Dios: «Vosotros lo entregasteis y lo hicisteis morir a manos de los impíos, clavándolo en la cruz. Pero Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte» (Hec. 2, 23-24). «El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres glorificó a su servidor Jesús, que vosotros entregasteis y repudiasteis delante de Pilatos, mientras que éste estaba decidido a ponerlo en libertad. Vosotros, sin embargo, rechazasteis al Santo y al Justo, pidiendo a cambio la liberación de un asesino. Sí, matasteis al autor de la vida, pero Dios lo hizo resucitar de entre los muertos» (Hec. 3, 13-16).

Por otro lado, el radicalismo de Jesús liberó a los discípulos del miedo, de la vergüenza, de la timidez, del falso respeto por las autoridades establecidas. Los volvió capaces de una

desobediencia formal: «No podemos callar respecto a lo que vimos y oímos» (Hec. 4, 20).

Seguridad

Jesús predica la libertad y libera a los suyos del yugo de las leyes religiosas y otras, anunciando la venida del tiempo de la alianza, que desde antiguo se había anunciado y preparado. Puede predicar la libertad porque no conoce el pecado. «¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?» (Jn. 8, 46). Ahora bien, él no está sin pecado por la eficacia de la ley y del sistema religioso mantenido por los piadosos de Israel. Su impecabilidad es fruto de la gracia del Espíritu que recibió en abundancia. Con él se inaugura el tiempo en que el bien y la virtud no serán fruto de un vano sistema de prácticas y de preceptos, sino fruto de Espíritu. Será también el desafío permanente de la Iglesia: ¿cómo confiar suficientemente en el Espíritu para dispensarse del recurso a los sistemas, a las leyes, a los reglamentos? ¿Cómo liberarse de los nuevos reglamentos que acaban reapareciendo después de cada movimiento del Espíritu? Ahí está el drama de la historia de la Iglesia: ya estaba inscrito enteramente en la vida y en el destino de Jesús: el paso del Antiguo al Nuevo Testamento, será el desafío permanente de la Iglesia que se dice cristiana y quiere serlo.

Jesús es libre interior y personalmente porque es desinteresado. No se encuentra preocupado por el futuro de su vida, ni por el futuro de su obra. Se encuentra libre de cualquier forma de angustia en relación con el futuro del reino de Dios que anuncia. Dejó a los apóstoles la tarea de continuar la misión que El había iniciado. Jamás fundador alguno dejó a sus sucesores una obra tan libre, disponible, no institucionalizada. Practicamente Jesús no dejó a los apóstoles ninguna de las instituciones de la Iglesia posterior a no ser la instrucción de reunirse de vez en cuando para celebrar una cena en memoria su-

ya y de su venida futura. El resto quedó totalmente abierto. Confió en el Espíritu dado a los apóstoles para ir definiendo las instituciones: entregó una Iglesia todavía sin definición alguna. Jesús podía desaparecer sin preocuparse de qué sería de aquella Iglesia, ya que nada podía estar amenazado. Lanzó la inspiración, pero nada edificó. Nunca en los evangelios aparece preocupado: no dijo a los apóstoles: después de mí, haréis esto o aquello. Se aplicó, el primero, el consejo dado a los discípulos: «No os preocupéis con el día de mañana, porque el día de mañana traerá sus preocupaciones. Basta a cada día su propio trabajo» (Mt. 6, 34).

El sabía que lo que oprime a los hombres es la preocupación por el futuro, la necesidad de construirse una seguridad. Lo que da seguridad al común de los mortales son los títulos y las garantías que acumulan para el futuro: propiedades, diplomas, prestigio, estima, favores debidos, etc. Jesús no tuvo que procurarse los favores de los poderosos. No precisó de propiedades, no tuvo necesidad de apoyo de bienhechores, porque no preparó el porvenir de sus sucesores. No les dejó ninguna herencia, ninguna seguridad terrestre. Su seguridad era la confianza en su misión, y en el Espíritu que el Padre había de enviar.

Jesús no se preparó una carrera: quedó desde el principio fuera de todas las jerarquías, decidido a ser él mismo y nada más que él mismo, sin contar con el apoyo que el hecho de pertenecer a una jerarquía proporciona al valer (o a la indigencia) personal. Libre de cualquier carrera, de cualquier promoción, de la necesidad de garantizar el futuro, puede vivir como las aves del cielo «que no siembran, ni siegan, ni hacen graneros» (Mt. 6, 26).

Finalmente, Jesús superó el miedo a la muerte. Tuvo que afrontar ese miedo, y los evangelios no ocultan la lucha que ese drama representó para él. No se trataba de una criatura celestial insensible. Para todos los hombres, la muerte es una presencia incómoda y trágica, siempre presente como peligro po-

sible, objeto siempre de un terror indomable aunque tome la forma de un esfuerzo constante para reprimirlo. El peligro de la muerte es lo que lleva a los que cayeron en peligro, a concesiones, acomodaciones, silencio, falta de participación, traición. El peligro de la muerte está presente desde los primeros tiempos de la misión de Jesús. Los evangelios muestran que El lo enfrentó, desde el principio hasta el fin. «Tomó consigo a Pedro, a Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dijo: 'Mi alma muere de tristeza; permaneced aquí y vigilad'. Se adelantó un poco, se postró en tierra y pedía que, si era posible, se alejase de él aquella hora. Y decía: ¡Abba! Padre, todo te es posible: aparta de mí este cáliz; sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres» (Mc. 14, 33-36).

Ese fue el acto supremo de la libertad de Jesús. Durante tres años enfrentó la muerte y superó la tentación: «como nosotros, pasó por todas las tentaciones» (Hbr. 4, 15). Conoció el temblor del hombre ante la perspectiva de la muerte: «en los días de su vida mortal, con vehementes clamores y lágrimas, dirigió peticiones y súplicas a aquel que lo podía salvar de la muerte» (Hbr. 5, 7). Venció la tentación y permaneció libre ante la muerte.

4. Hermano

Hermano entre los hermanos

«Lo que hicisteis a uno de los más pequeños de mis hermanos, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25, 40). El rey que habla así es Jesús. El es el hermano de todos, hermano hasta tal punto, que reivindica la identificación con cada uno de los miserables que tienen hambre o sed, extranjero, desnudo, preso, por miserable o abandonado que sea. Ciertamente, nada hay en los evangelios que se destaque más que el ejercicio de esa fraternidad abierta y sin límites. Jesús respondió un día a las personas que le transmitían una petición de sus hermanos: «He aquí a mis hermanos» (Mc. 3, 33). Su misión fueron tres años que le fueron robados, día tras día, por sus inacabables hermanos.

Las multitudes

La fraternidad de Jesús es servicio activo. No queda en los sentimientos y en las declaraciones. No es disposición pasiva

—estar sufriendo con ellos— sino más bien actividad. Es extraordinario el modo escogido para concretizar ese amor. Estamos en una civilización rural y pretécnica. Aún hoy, las masas rurales y los pobres de los suburbios viven en ese mundo. El mayor problema, el sufrimiento más intenso, más común, es el dolor. La salud es objeto de preocupaciones constantes. No hay don superior al mismo don de la salud. Todos los habitantes de una de esas zonas responden lo mismo si se les pregunta cuál es la mayor felicidad. La gran preocupación religiosa es la salud: casi todas las promesas se refieren a la salud. Las romerías no tienen otra finalidad. Las oraciones hablan de la salud. Si ve a un labriego recogido con una intensidad casi mística, y contemplando la imagen del santo, puede estar seguro que vino a pedir o agradecer el don de la salud, para sí mismo o para uno de sus familiares. Así era el pueblo que Jesús conoció: enfermos en todas las familias, en todas las aldeas, casi sin recursos, sin esperanza.

En esa civilización rural, hay curanderos que asocian el recurso a la oración con el conocimiento de recetas empíricas y tradicionales. Algunos de esos curanderos viven como santos, dedicados enteramente al alivio de los sufrimientos del prójimo. Algunos son verdaderos místicos, para quien el ejercicio de la función de curar es una verdadera misión santa, ejercida en nombre de Dios y de poderes sobrenaturales. Aún hoy, en el campo conocemos curanderos de ese tipo. Algunos aprovechan la credulidad del que sufre. Otros son auténticos santos que practican una caridad heroica. Hay también entre ellos misioneros con fama de santidad, a quien el pueblo atribuye numerosos milagros, y bien puede ser que incluso obren verdaderos milagros. Por lo demás, ¿quién puede marcar la separación entre el poder de la fe y de la confianza, la apelación a energías psicológicas desconocidas, el uso de remedios empíricos y la intervención excepcional de Dios? Todo eso puede estar mezclado en esos acontecimientos certificados por un pueblo creyente, piadoso y sincero.

De cualquier manera, la aparición de un gran taumaturgo no era un hecho totalmente incomprensible, insólito o único. En un mundo de curanderos, la llegada de un taumaturgo no era problema. Era la señal por excelencia de la caridad. El mayor servicio que se podía prestar a un pueblo era el de curar a los enfermos. Jesús escogió el servicio mayor. No había señal mayor. Si quería sugerir la idea de una fraternidad realmente activa y de un Dios realmente atento, no había posibilidad de duda. Jesús fue taumaturgo, un taumaturgo extraordinario que entusiasmó al pueblo, un taumaturgo que superaba a los curanderos conocidos que no dejaron nombre.

Pedro condensa en pocas palabras la señal de ese paso del taumaturgo en medio de los hombres. Se trata del sermón a Cornelio: «Sabéis cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y el don de los milagros a Jesús de Nazaret, que anduvo de lugar en lugar, haciendo el bien y curando a los poseídos del demonio, pues Dios estaba con él» (Hec. 10, 38).

La impresión de conjunto se destaca bien en las conclusiones de Mt. «Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando la buena nueva del reino, y curando todos los enfermos de diversas enfermedades y molestias graves, poseídos del demonio, lunáticos, paráliticos, y él los curaba» (Mt. 4, 23-24). Esas multitudes a la búsqueda de la salud, que aún hoy, a veces, se concentran en ciertos santuarios, son la imagen de una humanidad abandonada. De esa humanidad, Jesús se siente hermano. «Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas, predicando la buena nueva del reino y curando todas las dolencias y enfermedades. Al ver a la multitud, quedó profundamente apenado, porque estaba fatigada y tirada por los suelos como ovejas que no tienen pastor» (Mt. 9, 35-36).

El día pasado en Cafarnaúm (Mc. 1, 21-39) muestra a las multitudes que se precipitan y acaparan al «Santo que hace milagros», y cómo Jesús tiene que huir para recorrer las otras aldeas de Galilea. Pero el pueblo lo observa y procura descu-

brir por dónde se fue. Así sucedió el día en que Jesús se alejó al recibir la noticia de la muerte de Juan Bautista. «El pueblo, sabiendo eso, dejó las ciudades y lo siguió a pie. Al salir de la barca, Jesús vio la enorme multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos» (Mt. 14, 13-14).

Después de otra travesía, «llegaron a la tierra de Genesaret. Reconociéndolo los hombres de aquel lugar, lo mandaron comunicar a toda la región vecina. Le trajeron, entonces, a todos los enfermos y pedían que los dejase tocar al menos la orla de su manto. Y todos los que lo tocaban quedaban curados» (Mt. 14, 34-36). «De allí volvió Jesús al lago de Galilea y, subiendo a una montaña, se sentó allí. Se le acercó mucha gente, trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y muchos otros; los colocaron a sus pies y él los curó. Las multitudes se admiraban al ver que los mudos hablaban, los lisiados eran restablecidos, los cojos caminaban y los ciegos veían. Y daban gloria al Dios de Israel» (Mt. 15, 29-31).

De esos resúmenes, podemos quitar la parte de exageración (todos los enfermos...), de entusiasmo, de la impresión global creada a distancia de 40 ó 50 años (distancia entre los hechos y la redacción actual del evangelio de Mt.). Quitemos también la parte de la admiración y de la credulidad de un pueblo sencillo que nunca había experimentado tantos beneficios, ni nacido para tanta esperanza. De cualquier modo, en Galilea, Jesús fue la admiración de los campesinos; pero esa admiración quedaba contenida dentro de los límites de un pueblo rural de poca repercusión social. Fue la esperanza de aquel pueblo pobre y abandonado. Ese pueblo se sintió atendido, comprendido. Quizás en demasía. Quisieron hacer de él una providencia permanente. No lo fue ni podía serlo.

No procuremos explicar histórica y científicamente esos beneficios. Perderíamos el tiempo si quisiéramos distinguir entre la parte que es de poder divino, la parte de credulidad popular, la parte de fuerzas inconscientes, la parte de dones naturales de curandero, y la parte de imaginación creadora de las

comunidades cristianas primitivas. Esa tarea es irrealizable. Queda claro para todos, que Jesús dio así señal de una compasión, una comprensión del sufrimiento de las multitudes, que encontró eco verdadero entre los hombres y, aún hoy, despierta la esperanza de los más desgraciados. Llenos de admiración decían: «Todo lo hace bien: hace oír a los sordos, y hablar a los mudos» (Mc. 7, 37). El pueblo, estupefacto, decía: «Nunca se vio tal cosa en Israel» (Mt. 9, 33).

Ese amor de Jesús no es fuerza impersonal, difusión de una energía benéfica, pero anónima. Ciertas perícopes evangélicas transmitieron el relato de cómo Jesús atendía personalmente a todos. Con todo, lo que se mantuvo a través de los revestimientos literarios sucesivos, fue justamente la nota humana de atención personal. ¿Cómo salvar esa virtud de la atención personal dentro de una sociedad tan compleja como la nuestra? No pidamos la receta a Jesús que solamente conoció un pueblo de civilización rural y tradicional, de pequeñas comunidades, dotadas de medios de comunicación muy lentos.

Jesús responde en seguida a la petición de Jairo, hombre importante del lugar: no tiene prejuicios sociales y atiende a todas las necesidades. Atiende a la petición del padre del niño epiléptico (Mc. 9, 17). Se compadeció de la viuda de Naím (Lc. 7, 13). Todo signo que hace es respuesta a una súplica, a una necesidad.

Jesús no hace esas señales para convencer, para forzar la adhesión de los interlocutores. Los diálogos de San Juan reflejan ya las discusiones entre los cristianos y los judíos, la polémica antijudía y la necesidad de elaborar una apología de Cristo. Los primeros evangelios muestran una situación más próxima a los hechos: Jesús fue taumaturgo y multiplicó los beneficios, movido por la miseria de los hombres y por las súplicas que surgían de su pueblo.

Los pecadores

El amor de Jesús no es respuesta al amor recibido. No es correspondencia. Lo que es nuevo —y él mismo tenía conciencia bien clara de esa novedad (Mt. 5, 43)— es un amor que toma la iniciativa y crea el amor por su propia insistencia: el amor a los enemigos. «Yo, sin embargo, os digo: amad a vuestros enemigos, rezad por aquellos que os persiguen... Pues si solamente amais a aquellos que os aman, ¿qué recompensa tendréis? No hacen así también los explotadores? Y si saludais solamente a vuestros hermanos, ¿qué haréis de especial? ¿No hacen los paganos lo mismo?» (Mt. 5, 44-47).

El amor a los enemigos supone el perdón de las ofensas, y atribuye, al mismo tiempo, un contenido concreto y una base material a ese perdón. No se trata solamente de un perdón verbal o sentimental. Jesús manda rezar así: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt. 6, 12), y comenta de la siguiente manera: «Por que si perdonais a los hombres sus faltas, también vuestro Padre celestial os perdonará; sin embargo, si no perdonais a los demás, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestras faltas» (Mt. 6, 14-15).

La parábola del servidor despiadado ilustra esa doctrina. El señor dice: «Servidor malo, yo te perdoné toda la deuda, porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener pena de tu compañero, como yo la tuve de ti? Y, en su cólera, lo entregó a los verdugos hasta que pagase toda la deuda. Del mismo modo también procederá con vosotros mi Padre celestial si cada uno de vosotros no perdona de todo corazón a su hermano» (Mt. 18, 32-35).

Jesús es el hermano que perdona. No perdona solamente las ofensas personales, sino también las ofensas sociales de los pecadores públicos, esas ofensas que colocan a una persona fuera de la sociedad —al menos fuera de la sociedad de los hombres de bien. No lo hace por simpatía hacia esa categoría de

personas. Por toda su formación judía, Jesús debía sentir la misma repugnancia que sentían los judíos piadosos cuando se encontraban con personas catalogadas como pecadoras.

Es el caso de los publicanos, los cobradores de impuestos. Trabajaban al servicio de los romanos, lo que los hacía despreciables a los ojos de los judíos fieles. Jesús va a su encuentro, a pesar de la reprobación de los fariseos: «No son los que tienen buena salud los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mc. 2, 17). La parábola del fariseo y del publicano ilustra esa conducta. El caso de Zaqueo, que era un recaudador de impuestos de alto grado, permite a Jesús afirmar de nuevo su insólita predilección: «Pues el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc. 19, 10).

Las mujeres pecadoras son acogidas de la misma manera: «Aquel a quien poco se perdona, poco ama (Lc. 7, 47). En el caso de la mujer sorprendida en adulterio, Jesús dice: «Aquel de entre vosotros que esté sin pecado sea el primero en lanzarle la piedra» (Jn. 8, 7).

Los extranjeros

La predilección de Jesús por los pecadores lo vuelve accesible incluso a los extranjeros. Para los judíos, los extranjeros son los paganos, pecadores de nacimiento. Es piedad y virtud mantenerse apartado de ellos. La misión de Jesús no lo impulsaba hacia fuera de las fronteras del pueblo de Israel (Mt. 15, 24). No precisaba atender a los paganos que no entraban en su misión.

Con todo, responde a la súplica del centurión romano e, inclusive, «quedó Jesús admirado y dice a los que le seguían: «En verdad os digo: en ningún israelita encontré una fe tan grande» (Mt. 8, 10). Admiró también a la mujer sirofenicia, cuya hija estaba enferma, poseída de un demonio. Por parte de

ella era una osadía atreverse a aproximarse a un judío. La respondió Jesús: «Deja que se sacien primero los hijos; pues no es justo quitar el pan a los niños pequeños y echarlo a los perrillos» (Mc. 7, 27). Pero la mujer supo replicar y fue atendida. Jesús sabía que obrando así ayudaba a los enemigos de su nación y a los pecadores públicos. Pues todo pagano era pecador público.

En cuanto a los samaritanos que eran casi paganos, Jesús escoge a uno de ellos para enseñar, en la famosa parábola, el papel de la caridad para con el prójimo. La imagen del hermano perfecto será un samaritano (Lc. 10, 25-37). Del mismo modo, viajando por Samaría, Jesús llegó al pozo de Jacob. Trató con cortesía a una mujer samaritana que venía a buscar agua, de tal modo que los discípulos se sorprendieron (Jn. 4, 27).

Los pequeños

Finalmente, los que reciben más su atención son los pequeños, los rechazados, los que no tenían futuro. En determinada ocasión, los discípulos habían discutido quién sería el mayor. Habiéndose sentado, Jesús llamó a los Doce y les dice: «Si alguno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos». Después, tomando un niño pequeño, lo colocó en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: «Quien acoge en mi nombre a una de estas criaturas, a mí me acoge» (Mc. 9, 34-37). En aquel tiempo, no existía el respeto a los niños pequeños. No se les daba valor. Eran realmente los «pequeños». Por eso, «Le presentaban algunos niños pequeños para que los tocara. Pero los discípulos censuraban a aquellos que los presentaban. Viendo esto, se indignó Jesús y les dice: 'Dejad venir a mí a los niños, y no se lo impidais, porque el reino de Dios pertenece a los que son semejantes a ellos'» (Mc. 10, 13-14). La cualidad de los niños es simplemente que no tienen títulos, ni dignidades, ni relumbrón en la sociedad; no se les da importancia.

Acoger y servir lo que es despreciado, es tenido por nulo a los ojos de los hombres; Jesús se lo enseña a sus discípulos y él lo practica de modo eminente. «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones hacen sentir su dominio sobre ellas, y los jefes hacen sentir su poder. No debe ser así entre vosotros. Por el contrario, entre vosotros quien quiera ser el mayor, sea vuestro servidor, y quien quiera ser el primero, sea el esclavo de todos. Pues el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida en rescate por muchos» (Mc. 10, 42-45).

Si queremos comprender la razón de esa preferencia por los pequeños, precisamos interpretarla dentro del contexto global de la misión de Jesús. Si no podría aparecer como una deformación mórbida, una inclinación al fracaso, una incapacidad para apreciar los valores de la vida, y la búsqueda de un refugio en la miseria. Sería una forma de «miserabilismo». Sin embargo, no es así como debemos entender la actitud de Jesús. Su preferencia no se dirige a la flaqueza, al pecado, a la pequeñez. Se trata de una visión del reino de Dios dentro de la perspectiva del pueblo de Israel. Jesús viene para salvar lo que estaba perdido, o considerado como perdido. Los fariseos, los jefes del pueblo se resignan fácilmente a la marginación de los pobres y de los no-integrados. Esa masa nada significa para ellos. Sin embargo, Jesús cree en la vocación de su pueblo, cree en el valor del pueblo de Israel. No acepta que nadie, por insignificante que parezca, se pierda o sea sencillamente abandonado. Si los fariseos sacrifican alegremente a todos los que no andan con ellos, Jesús no se resigna, no se conforma con ese rechazo. Va a buscar a los rechazados, incluso a los que se rechazan a sí mismos, y llegaron hasta el punto de encontrarse indignos.

El comportamiento de Jesús recibe explicación en las parábolas de Lc. 15: la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo perdido. Jesús va a buscar «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt. 15, 24). Su pasión no es por la miseria de las

ovejas perdidas: es por el pueblo de Israel, por el designio de rehacer la unidad, de rehacer la fraternidad perdida entre los hombres. El amor de Jesús no se puede comprender como pura intimidad. Ciertas teologías existencialistas lanzaron al público los temas intimistas, y la preocupación por la relación «yo-tú». El amor de Jesús no es del tipo «yo-tú». Todas sus amistades, todas sus preocupaciones, su servicio y su dedicación se integran en una dedicación total a rehacer la alianza perdida, a rehacer el pueblo de Dios. San Juan expresó perfectamente ese significado de la caridad de Jesús en la oración final que coloca en el sermón después de la cena: «Que todos sean uno» (Jn. 17, 21).

Para rehacer la fraternidad, es preciso comenzar por los que están más lejos. Es preciso recoger los pedazos de Israel que están dispersos. No se hará la unidad por conquista o por coacción. Es necesario recuperar a los que perdieron la esperanza y se hallan apartados. Tal es la misión de Jesús. Los fariseos también querían la unidad de Israel. Sin embargo la esperan de un milagro de Dios. No dejan a las 99 ovejas fieles para buscar a la última que se perdió. Su preocupación por la unidad se queda en palabras. No llega a la acción. No hay amor que la estimule y la guíe.

La recuperación de los débiles y de los pequeños es obra de paciencia y de indulgencia. Los fariseos imponen el fardo pesado de preceptos irrealizables y de obras de piedad insportables. Jesús, sin embargo, dijo: «Venid a mí, vosotros, todos los que estáis oprimidos y sobrecargados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras vidas. Porque mi yugo es suave y ligero mi fardo» (Mt. 11, 28-30). Los fariseos son los pastores que condicionan el camino de la salvación al fardo de preceptos, y solamente saben ayudar a los que cumplen todas las leyes. Así lo que estaba perdido huye más lejos todavía.

Con todo —he aquí lo paradójico— los pobres y los senci-

llos se muestran más receptivos y más dispuestos a seguir su vocación —esa vocación inscrita en la constitución de Israel desde los orígenes— que los que se consideraban las columnas de la nación santa. Aconteció lo que las parábolas cuentan en forma velada: la parábola de los dos hijos enviados a la viña (Mt. 21, 28-32), la parábola de los viñadores homicidas (Mt. 21, 33-43), la parábola del rey que celebró las bodas de su hijo (Mt. 22, 1-14). Ante la respuesta de unos y la negación de otros, Jesús puede agradecer al Padre: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y haberlas revelado a los sencillos» (Mt. 11, 25).

El amor de Jesús al pueblo de Israel y su preocupación por la misión del pueblo, levantó su indignación contra aquellos que habían recibido tantos privilegios y los utilizaban para sí mismos sin asumir la vocación y el compromiso. La indignación de Jesús se dirige contra las ciudades de Israel que no respondían, mientras que los pobres y los desgraciados, incluso los pecadores, entendían. «¡Ay de ti, Corozaim! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque, si en Tiro y Sidón se hubiesen realizado los milagros que se hicieron entre vosotros, hace mucho tiempo que, haciendo penitencia vestidas de saco y cubiertas de ceniza, se hubieran convertido. Yo os digo, pues: en el día del juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotros. Y tú, Cafarnaúm, ¿crees que serás exaltada hasta los cielos? Serás precipitada hasta el infierno. Porque si en Sodoma hubiesen sido realizados los milagros que se realizaron en medio de ti, de pie estaría hasta hoy» (Mt. 11, 20-23). «Los hombres de Nínive se han de levantar en el día del juicio contra esta generación y la han de condenar, porque se arrepintieron con la predicación de Jonás, y he aquí alguien mayor que Jonás» (Mt. 12, 41).

De la indignación, Jesús pasó a la lamentación ante la capital, la ciudad de Jerusalén: «¡Ah! ¡si en este día, al menos, comprendieras, tú también, el mensaje de paz! Pero ¡ay!, es-

to está ahora oculto a tus ojos... no supiste reconocer el tiempo en que fuiste visitada!» (Lc. 19, 41-44). En el templo, la lamentación se volvió cólera. «Entrando en el templo, se puso a expulsar a los vendedores, diciéndoles: Está escrito: Mi casa será una casa de oración. Y he aquí que vosotros la transformásteis en una cueva de ladrones» (Lc. 19, 45-46).

Todos esos sentimientos convergen en torno de una pasión fundamental por la cual Jesús se identifica con el destino del pueblo de Israel, esto es, con la vocación de fraternidad universal en que consiste la nueva alianza. Por esa nueva alianza en que todos serán uno y todos hermanos, Jesús supera todas las separaciones, todas las repugnancias: va al encuentro de los pecadores, de los despreciados, busca a los pequeños y los abandonados, se deja monopolizar por los enfermos y por todos los afligidos, acepta a los paganos, condena la rigidez y la altivez de los piadosos y de los grandes de la nación.

Los discípulos

Con todo, hay algunas personas de quien Jesús se siente hermano de modo más especial y más personal: son los discípulos que él mismo escogió. Fue a ellos a quienes Jesús se refirió después de la resurrección en su encuentro con las mujeres: «Id y comunicad a mis hermanos que vayan a Galilea» (Mt. 28, 10).

En realidad, los evangelios no aluden a la vida interna del grupo de los discípulos, ni a su relación de personas con Jesús. Está claro que la atención de Jesús y de los discípulos no se dirigía a ellos mismos, sino a la obra que debían realizar en común. Lo que los une es la obra común. Cuando Jesús llamó a Simón y Andrés, les dice: «Seguidme, os haré pescadores de hombres» (Mc. 1, 17). No dice: «Os haré mis amigos». La amistad será la continuación de su obra.

El mismo nombre de «amigos» no aparece en los primeros

evangelios. Es una explicitación, hecha por San Juan, de la asociación de hecho existente entre Jesús y el grupo. Además, de acuerdo con San Juan también, la amistad es asociación en la obra común: «Os llamé amigos, porque os di a conocer todo cuanto oí de mi Padre» (Jn. 15, 15). Jesús los llamó, no para tener amigos sino «Os destiné a que vayais y produzcais fruto» (Jn. 15, 16).

En verdad, Jesús no ofrece a sus discípulos un destino cómodo. La suerte que él les reserva, es aquella que él mismo aceptó. «No está el discípulo por encima del maestro, ni el servidor encima del patrón» (Mt. 10, 24). «He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos: sed, pues, precavidos como las culebras y sencillos como las palomas. Cuidado con los hombres: ellos os entregarán a los tribunales, etc.» (Mt. 10, 16-17).

Pero a pesar de todos los riesgos, los discípulos aceptaron ese destino inaudito. Aceptaron con generosidad: «He aquí que nosotros abandonamos todo para seguirte» (Mc. 10, 28). Ciertamente había en esa espontaneidad una parte de ilusión y tal vez una parte de ambición. Ilusión en cuanto al tiempo que los separaba de la consumación del reino de Cristo. Los discípulos vivieron en la perspectiva de un fin inminente. Hay, por eso, en su actitud, un aspecto de ingenuidad que no constituye ningún ejemplo para nosotros. Ya sabemos que el fin no está próximo. Por consiguiente, ciertas actitudes ingenuas ya no son posibles. Era más fácil decir: «nosotros abandonamos todo», cuando ese todo debía durar apenas algunos años. Los sacrificios eran pequeños, si se esperaba recibir el céntuplo dentro de un plazo breve. Otra cosa es aceptar esa vida, cuando se sabe que será la existencia entera, dentro de la monotonía de los días que se repiten incansablemente. Los discípulos ambicionaban también sus tronos al lado del trono del gran rey (Mc. 10, 37). Esa ambición ya dejó también de atraer. Somos más modestos por la fuerza de las circunstancias.

Entre Jesús y los discípulos no podía haber comunicación

completa. Era más un inicio de amistad, que una amistad madura; una aproximación que una comunión. No podía ser de otra manera. Jesús era siempre el maestro que enseñaba. Todos los gestos de Jesús son los gestos de un maestro. El mismo gesto de lavar los pies de los discípulos no fue hecho tanto en atención a ellos, cuanto a la vida que tendrían que llevar más tarde en comunidad. «Si yo el Señor y Maestro, os lavé los pies, también vosotros os debéis lavar los pies unos a otros. Porque yo os dí el ejemplo, para que, como yo hice, hagais también vosotros» (Jn. 13 14-15).

La amistad con los discípulos se subordina al designio global que mira a la misión de la totalidad de Israel. La perspectiva de Jesús es siempre la que los profetas atribuyeron a su pueblo. Su amor va primero a la universalidad del pueblo de Israel que será señal e instrumento de redención para todas las naciones.

Por lo demás, los evangelios sinópticos no refieren muchas consideraciones en cuanto a esa amistad entre Jesús y los discípulos, su unión con el amor al prójimo y el amor a Dios. Esas síntesis aparecen solamente en el evangelio de Juan. Y son ya una reflexión sobre lo ocurrido. Los primeros evangelios muestran que las preocupaciones explícitas de Jesús fueron muy prácticas. El Maestro estaba preocupado con la vida en común de los discípulos. Ya que ellos debían prolongar la misma misión de Jesús, debían mostrarse semejantes a él, en medio del pueblo, en medio de los pobres, de los pecadores, de los paganos, de los enfermos, de los pequeños. Eso se aprende en comunidad. De ahí las recomendaciones sobre el deseo de ser el mayor, el escándalo de los pequeños, la búsqueda de las ovejas perdidas, la corrección fraterna, la oración en común, el perdón de las ofensas (Mt. 18, 1-22). Ese amor fraterno es la pedagogía del amor a la redención de Israel y de las naciones.

La muerte

Si la muerte de Jesús fue el precio de su libertad, por otro lado, hay también, en ella, un valor de caridad y de generosidad. Es misteriosa la ligazón entre la muerte del servidor de Dios y la salvación de Israel y de las naciones. Is. 53, ya había anunciado esa ligazón misteriosa. Los evangelios no esclarezcan mucho ese misterio que será objeto de diversas reflexiones de las epístolas y de San Juan. Parece probable que Jesús no enunció en forma muy explícita —por falta de conceptos— el significado de su muerte. Con todo, sabía que como servidor de Dios estaba llamado a «dar la vida en rescate por la multitud» (Mc. 10, 45). Esa multitud es el pueblo de Israel al que asociarán finalmente todas las naciones.

El amor y la dedicación que manifestó durante los años de su misión, sabía Jesús que lo llevaría hasta la muerte. La pasión por el pueblo de Dios y por la recuperación de ese pueblo, lo llevaría hasta la pasión corporal, la inmolación de la vida y el abandono total. No solamente sería necesario dejar que los enfermos, los pobres, los pecadores le robasen todo su tiempo y sus energías: el sacrificio iría hasta la muerte. Así la misma muerte se transforma en un acto de amor. San Juan explicitará esa concepción diciendo: «Sabiedo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, les dio la máxima prueba de amor» (Jn. 13, 1). «Nadie tiene mayor amor que aquel que entrega la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13).

Si Jesús fue eminentemente el «prójimo», el hermano de todos sus hermanos, enseñó que ése es también el verdadero amor a Dios. Amar a Dios es el estandarte de los judíos, su razón de existir como pueblo, su título de gloria en medio de las naciones. No es novedad. Jesús asiente, naturalmente. (Mc. 12, 29-30). La novedad, sin embargo, consiste, en aproximar este primer precepto al segundo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mc. 12, 31). Hacer de esos dos preceptos uno solo,

y destacar ese precepto, así compuesto, de tal manera que en él esté contenida la ley entera, esa es la novedad. En esa ley nueva es donde Jesús une y concilia sus dos actitudes fundamentales: su libertad y su fraternidad. El único precepto, el de amar fraternalmente, es también lo que vuelve al hombre libre de todas las leyes, del mal, de la esclavitud, en todas sus formas. La manera cómo Jesús observa el servicio a su pueblo y a la redención de las ovejas perdidas de Israel, constituye la síntesis de la libertad y de la fraternidad. Es el servicio perfecto a los hermanos como hermano, sin fronteras y sin límites, y también la liberación de todos los poderes que mantienen al pueblo en estado de dominación. En todo, Jesús espera y busca a ese pueblo de la alianza nueva y definitiva y pone la vida y la muerte a su servicio.

5. El Padre

En espíritu y en verdad

Todavía no hemos encontrado en la vida de Jesús la presencia de Dios. ¿Por qué tardamos tanto? La razón es que, en realidad, la misión de Jesús gira en torno de dos preocupaciones o dos ejes principales: el mensaje de liberación y el mensaje de fraternidad para rehacer la alianza de Israel, la verdadera y eterna. En los recuerdos evangélicos, Dios permanece muy discreto. No ocupa casi ningún lugar. Esa constatación habría provocado extrañeza en los lectores antiguos. En verdad, proyectando en el evangelio su intensa preocupación religiosa y cultural, no percibían ese hecho desconcertante: Jesús no practica ningún acto religioso, ni parece preocuparse por la práctica religiosa de sus discípulos. No solamente no toma parte en el culto de su pueblo, sino que no funda ningún culto nuevo. Hay en los evangelios, a ese respecto, un silencio bien significativo. ¿Cuál es, entonces, el lugar que Dios ocupa en la vida y en la mente de Jesús?

En primer lugar, hemos dicho que no practica los actos religiosos de su pueblo. Parece que se liberó de ellos y que quiere liberar también a los discípulos. Refiriéndose al templo, los evangelistas jamás nos muestran a Jesús ejerciendo un acto de culto. Cuando va al templo, va para tomar la palabra, o expulsar a los vendedores. No va para ofrecer sacrificios, participar de las ceremonias sagradas, o recitar oraciones. Usa el templo como tribuna o teatro de sus actividades, en un sentido totalmente secularizado: el templo es el lugar en que se encuentran muchas personas reunidas. Para Jesús, el templo podrá ser destruido (Mc. 13, 2); ya no cumple ningún papel en la alianza verdadera; ya viene «la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre ...viene la hora y ya es llegada, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; y éstos son los adoradores que el Padre desea» (Jn. 4, 21-23).

Con eso Jesús no quiso decir que en adelante se podrían edificar templos en cualquier lugar. Quiero decir que, en adelante, el verdadero culto de Dios no consistiría en construir templos y ejercer allí el culto. Consistiría en obrar bajo la moción del espíritu, haciendo la verdad.

Jesús no ofrece sacrificios, ni incita a los discípulos a manifestar, así, un poco de piedad. No los lleva a tomar parte en las liturgias del templo. No frecuenta regularmente la sinagoga. Allí estuvo algunas veces. Sin embargo los recuerdos evangélicos muestran que fue a la sinagoga para revelarse a sí mismo, no por devoción o necesidad de culto. En ese sentido, ni Jesús ni los apóstoles son muy religiosos.

Atacando a los fariseos, Jesús no exceptúa ni su piedad: «Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, que gustan rezar aplomados en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, a fin de ser observados por los hombres» (Mt. 6, 5). «Simulan largas oraciones» (Mc. 12, 40).

Es verdad que Jesús estuvo algunas veces en Jerusalén para participar de las fiestas. Con todo, no lo vemos ejercer nin-

gún acto de culto. Cuando el grupo se aproxima a Jerusalén, al final de la misión de Jesús, para la última subida a la capital, son los apóstoles los que preguntan: «¿Dónde quieres que preparemos la cena pascual?» (Mc. 14, 12). Jesús responde a una preocupación de ellos. La fiesta de los judíos proporciona a Jesús una ocasión de encontrarse con la multitud. No despierta en él ardores religiosos.

Más sorprendente todavía es el hecho de que Jesús no funda ningún culto nuevo. No organiza una nueva manera de adorar a Dios, de rendirle homenaje, de presentarle dones y súplicas. Instituyó la cena. Pero es difícil reconocer en la cena un acto de culto. Es un signo comunicativo cuyo significado se vincula con la institución de la nueva alianza, el nuevo pacto fundador del nuevo Israel. No hubo en aquella circunstancia ningún acto de culto. Más tarde los cristianos integraron la eucaristía dentro de un acto de culto. Sin embargo esa transformación no fue hecha por Jesús, y no hay señal alguna de que hubiera pensado en eso. La eucaristía se volvió «misa» dentro del contexto de civilización del mundo mediterráneo, como adaptación cultural. En la institución de la cena, no hay ningún acto dirigido a Dios. Por ningún lado aparece una liturgia nueva. Jesús ora, pero sin ceremonia. Para orar, Jesús se aísla. No proporciona a los discípulos ningún modelo de cómo hacer la oración. «De madrugada, mucho antes de amanecer, se levantó, partió para un lugar desierto, y allí se quedó orando» (Mc. 1, 35). En otra circunstancia, Jesús despidió a la multitud y «fue al monte a orar» (Mc. 6, 46). ¿Qué fue lo que hizo allí? No lo sabemos. Cuando los apóstoles se preocupan por la oración apelan al ejemplo de Juan Bautista. Ellos deben tener la impresión de que Jesús no se interesa por ese asunto. Le dice uno de los discípulos: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc. 2, 1). Lo interesante es que fue necesario una petición explícita de los discípulos que extrañaban su conducta, para que Jesús pensase en entregar el formu-

lario que, desde entonces, se volvió la fórmula clásica por excelencia de la oración cristiana.

En materia de oración, Jesús es y quiere ser discreto, muy discreto. No solamente se olvida de hablar de eso con los discípulos, sino, que cuando habla, insiste sobre todo en lo negativo. «Al rezar, no multipliquéis las palabras, como hacen los paganos: creen que a fuerza de muchas palabras son atendidos. No seáis semejantes a ellos» (Mt. 6, 7-8). «Cuando reces entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre que está presente en lo oculto; y tu Padre que observa en lo escondido, te dará la recompensa» (Mt. 6, 6). Para Jesús la idea de la oración está unida a la idea de un lugar oculto. Discreción en el modo de hacer, en la cantidad, en el lugar. Todo sucede como si Jesús quisiese hacer de la oración un ejercicio totalmente espontáneo y personal, sin condicionamientos sociales, sin coacción. Esa oración queda totalmente desprovista de aparato, de ceremonial, de exterioridad. Como si no fuera un culto, sino una conversación familiar.

Los evangelios no describen ninguna manifestación mística en la vida de Jesús. Quiere decir que los apóstoles no asistieron a experiencias religiosas, y Jesús no tuvo a bien relatar tales experiencias si es que las tuvo. De esa manera, Jesús es bien diferente de los místicos cristianos que lo invocaron. Además de eso, no ofrece ningún camino de ascensión mística, ni recetas ascéticas para facilitar la vida mística. Los evangelios no nos muestran un «Jesús» religioso, sino libre de ritos, ceremonias, formularios, horarios marcados. Eso no quiere decir que los cristianos no puedan recurrir a tales cosas. Sencillamente, no pueden invocar el ejemplo de Jesús.

El único fenómeno religioso al que asistimos es el de la transfiguración. Pero aún eso no fue propiamente un fenómeno religioso en sentido cultural. No hubo culto, ni homenajes. No aparece Jesús en estado de oración o de éxtasis. Los discípulos no reciben instrucciones en cuanto al modo de tratar a Dios en esas circunstancias.

Las oraciones de Jesús que los evangelios refieren son las de la Pasión. En el huerto de la agonía, Jesús ora. «Llegaron, entonces, a una propiedad denominada Getsemaní y dice a los discípulos: 'Sentaos aquí mientras voy a rezar'. Tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: 'Mi alma muere de tristeza; quedáos aquí y vigilad'. Se adelantó un poco, se postró por tierra y pedía que, si era posible pasase lejos de él aquella hora. Y decía: '¡Abba! Padre, todo te es posible: aparta de mí este cáliz; pero no se haga lo que quiero, sino lo que quieres Tú'» (Mc. 14, 32-36). En esa oración, ningún elemento de experiencia religiosa, ningún sentimiento de presencia del Padre. Es la oración del silencio de Dios. No hay respuesta. Más tarde, en la cruz, Jesús pronunció sus palabras de soledad y abandono: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste» (Mc. 15, 34). No hay oración más despojada de cualquier experiencia mística (los místicos dirán que no hay oración más verdaderamente mística).

Esas constataciones negativas son muy significativas de la «religión» instituída por Jesús. Posteriormente la Iglesia fomentó una liturgia abundante. Pero esa liturgia no está en el origen. No tiene el valor de revelación que tiene la propia vida de Jesús. La relación de Jesús con el Padre parece excepcionalmente libre de cualquier aparato litúrgico o cultural. El único culto que el Padre parece desear, es la propia misión de Jesús, sus caminatas, sus viajes, sus curaciones de enfermos, su instrucción a las multitudes o a los discípulos, aquello que San Pablo llamará culto hecho en el espíritu (Rom. 12 1).

El nombre

¿Dónde se sitúan, entonces, las relaciones entre Jesús y Dios? Es lo que precisamos buscar ahora.

En primer lugar, ¿cuál es el nombre que Jesús usa para referirse a Dios? Jesús no propone ningún nombre nuevo. Los nombres divinos que usa vienen de la Biblia. No obstante, los

evangelios sinópticos practican una selección significativa entre todos los nombres divinos. Y no se duda que la selección haya sido hecha por Jesús e imitada por los primeros cristianos.

La tradición evangélica no evita el nombre de Dios (el teos griego que traduce el nombre hebraico), como hacen los judíos piadosos de su tiempo. No practica, por tanto, el manierismo piadoso y refinado de los fariseos. El único caso en que se sustituye el nombre de Dios por otro, por motivos religiosos, es la expresión «reino de los cielos» de Mt. Lo más probable es que Jesús decía: «Reino de Dios» de acuerdo con la tradición de Mc. El nombre «el Altísimo» es excepcional, a pesar de ser el más común entre los judíos. El nombre de «rey» solamente aparece una vez (Mt. 5, 35), en un texto que parece referirse a una cita. El nombre «Señor» solamente se encuentra en citas, a pesar de ser habitual entre los judíos, y, en tal caso, en textos muy solemnes. Ciertamente esos no fueron los nombres usados por los primeros cristianos. Jesús hablaba de otra manera. El nombre de Dios más usado por Jesús es Padre. Esa apelación no era nueva. Ya existía en el Antiguo Testamento, y era bien conocida en la época de Jesús. Por tanto, Jesús no la inventó. Pero la insistencia en ese título constituye un hecho nuevo.

En el modo de hablar de Jesús, el nombre del Padre es el nombre mismo de Dios, tan propio que le queda reservado. En la mente de Jesús, el nombre de Padre queda reservado para Dios, de tal modo que nadie más tiene derecho a usarlo. «A nadie deis el nombre de Padre aquí en la tierra, porque no tenéis sino un Padre: el que está en los cielos» (Mt. 23, 9). Además de eso, el vocativo de padre, Abba, Padre, usado por Jesús, es también algo nuevo. Los judíos no se dirigían a Dios de esa manera. Hay en esa expresión un tono de familiaridad totalmente nuevo. Hay una ausencia total de ceremonia. Por eso, no es posible que ese tratamiento, tan sin coacción, haya sido inventado por los cristianos. Sólo Jesús podía haber lanzado un estilo tan nuevo.

Los evangelios conocen varios modos de usar el título Padre: «el Padre», «mi Padre», «vuestro Padre». Ciertos textos fueron composiciones de la tradición, por ejemplo: la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní. Si los discípulos dormían, no oyeron la oración de Jesús. Pero no es posible que hubieran inventado el título «Padre», si no hubiesen guardado el recuerdo de que Jesús lo usaba habitualmente. La inspiración y la creación son de Jesús.

Dios es padre para con Jesús, y padre para con los discípulos y los hombres en general. Hay dos relaciones diferentes. Los textos dejan claro que Dios no es padre de la misma manera en ambos casos. Con todo, el hecho de que lo mismo Jesús que los discípulos le puedan dar este tratamiento, muestra que hay contacto entre las dos paternidades. La paternidad de Dios para con Jesús, determina la paternidad para con los hombres en general. También la actitud filial de los hombres en general, deriva de la actitud filial de Jesús.

Conocer al Padre

Jesús habla del Padre con mucha sencillez y familiaridad. Permite a los hombres y les sugiere que tengan un comportamiento semejante. Aun así, no da muchas explicaciones sobre el Padre. Él no dio a los discípulos ninguna doctrina sobre Dios, cómo es, cuáles son sus atributos y las demás cosas. Los evangelios no exponen la esencia de Dios. Quedan mucho más acá que los filósofos y las religiones paganas. Lo que le interesa a Jesús, en su predicación, no es hablar de Dios, sino hablar de los hombres y del porvenir de los hombres. El Padre está siempre presente, pero siempre en forma discreta. Queda oculto.

No es una casualidad el que las tradiciones evangélicas no contengan una revelación respecto a Dios. El silencio es sistemático. Jesús lleva el rigor de la teología hebraica hasta el punto extremo: Dios queda de tal manera encima de las criaturas

que, aunque presente en todas partes, su secreto permanece totalmente inviolable. «Jamás nadie vio a Dios» (Jn. 1, 18). Es locura, presunción, irreligiosidad, procurar percibir algo de Dios.

Más tarde San Juan reflexionará sobre esa inviolabilidad de Dios, simultáneamente con lo que fue la vida de Jesús. Dios permanece inaccesible, como siempre, inconocible. Pero se da a conocer, mejor dicho, da signos de su presencia, en acontecimientos que ocurren en medio de los hombres. El acontecimiento significativo por excelencia, fue justamente el paso de Jesús de Nazaret por los lugares y por los caminos de Palestina. Quien ve y contempla con atención a ese Jesús de Nazaret, entenderá todo lo que se puede entender de Dios en este mundo. «El Hijo único, que está en el seno del Padre, éste lo dio a conocer» (Jn. 1, 18). Dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta». «Tantos años hace que convivo con vosotros, le dice Jesús, y ¿todavía no me conocéis, Felipe? Quien me vio, vio al Padre». ¿Cómo puedes decir: «Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?» (Jn. 14 8-10).

Que esta respuesta no nos engañe. Jesús no quiere decir que él tiene una apariencia de Dios. En él, la divinidad manifiesta su presencia con signos humanos. No hay nada en su apariencia que no sea puramente humano. En Jesús, Dios no se hizo visible. Sin embargo, mostró el único camino que nos lleva seguramente a Dios. El mensaje de Jesús consiste en afirmar que nada se adelanta con querer conocer a Dios en sí mismo, directamente. La única manera de saber algo con respecto de él, es situarse en relación a Jesús. Quien entra en el camino de los discípulos, aprende a conocerlo. Pues una determinada manera de ser hombre y de vivir como hombre, constituye el acceso auténtico a Dios.

Por tanto, si queremos conocer a Dios, precisamos ver cómo Jesús se relaciona con el Padre, y entrar en esa misma relación según Jesús va mostrando el camino.

El hijo

Jesús es extremadamente discreto en relación al Padre. Sin embargo, parece conocerlo bien. No vacila en hablar en su nombre. No habla como los escribas que hacen comentarios de los textos bíblicos. Habla como quien conoce al autor de la Biblia. Al mismo tiempo, Jesús aparece como totalmente sumiso al Padre. No hace obra propia, hace la obra del Padre: pues está al servicio de su Reino. Todo lo que él hace es servicio del Reino. Y esa obra la recibe directamente del Padre. Pues fue enviado por El.

San Juan elaborará esa relación entre el Padre y el Hijo en fórmulas explícitas. Dirá que Jesús es el enviado del Padre para realizar sus obras. Los evangelios sinópticos permanecen más cerca de las fuentes históricas y muestran a Jesús haciendo eso, sin expresarlo de modo explícito.

Jesús es obediente al Padre al estilo y a la manera de los judíos. Lee la Biblia y descubre en ella las instrucciones y las órdenes de Dios. Como servidor de Dios, Jesús somete su misión y su actividad entera a la palabra del libro sagrado. La Biblia es la carta escrita por Dios a los embajadores enviados al pueblo de Israel. En ella, Jesús encuentra el plan trazado por Dios. Respondiendo a las tentaciones de Santanás, cita las palabras bíblicas que llaman a los israelitas a la fidelidad y a la sumisión (Mt. 4, 4, 7, 10).

Pero lo más interesante es que Jesús pretende interpretar correctamente las palabras bíblicas, sin referirse a los escribas. Obedece no a la letra, sino al espíritu, como quien tiene acceso a la mente del escritor. «La multitud estaba admirada por su doctrina. Porque él la enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mt. 7, 28-29). En Jesús, la obediencia no es sumisión material a una letra escrita, sino sumisión a Dios. ¿Cómo sabe él el verdadero pensamiento de Dios, el verdadero sentido de las palabras? ¿Cómo llegó a la conciencia de

que esa y no la interpretación corriente, era la interpretación correcta? No nos dio explicaciones psicológicas.

Los fariseos invocan las tradiciones de los antiguos para justificar su modo de comprender las Escrituras. Jesús denuncia su hipocresía que consiste en proyectar sobre el texto la propia mentalidad, escogiendo los textos, desviando los preceptos de su verdadero alcance: «¿Por qué transgredís el mandato de Dios en nombre de vuestra tradición?» (Mt. 15, 3). Además, Jesús no desmiente solamente a los escribas y los fariseos, Va hasta el punto de desmentir al propio Moisés: Se hace juez de Moisés. Por ejemplo, Jesús explica el alcance de la disposición de Moisés en lo que dice respecto al libelo del divorcio. Invoca Gen. 2, 24, contra la ley de Moisés : «por tanto lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (Mt. 19, 6). ¿Cómo explicar la contradicción de Moisés? «Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres a causa de la dureza de vuestro corazón; pero en un principio no fue así. Yo, sin embargo, os digo: Todo aquel que repudiare a la mujer, etc.» (Mt. 19, 8-9). En el sermón de la montaña, el primer evangelio reunió diversas sentencias en que Jesús rectifica de modo semejante los preceptos de Moisés (Mt. 5, 21, 27, 31, 33, 38, 43).

La obediencia de Jesús se inspira directamente en la misión recibida del Padre, más allá de la letra de las Escrituras. No obstante, Jesús hace hincapié en referir constantemente su conducta a las mismas Escrituras. No rectifica o interpreta los textos por insubordinación, sino por una subordinación mayor.

Los especialistas descubren que las citas bíblicas puestas por los evangelistas en boca de Jesús, son obra o de la tradición oral, o de los redactores. Pero no hay duda de que los redactores o la tradición se acordaban muy bien del modo propio de obrar de Jesús. Sabían que el Maestro citaba las palabras bíblicas. Naturalmente no podrían garantizar que Jesús citó exactamente tal palabra en tal sermón.

De cualquier manera, ser Hijo del Padre es recibir de él una misión, y subordinar toda la vida a esa misión, colocar los mo-

mentos de la existencia, las decisiones, las opciones, bajo la dirección de sus palabras. Por otro lado, se tiene la impresión de que el Padre no determina el contenido de los actos concretos. El trazó en la Biblia las líneas fundamentales de la existencia de Jesús, Pero no interviene para dictar las aplicaciones en los pormenores de la existencia. Dejó a Jesús la tarea de encarnar las líneas maestras del plan en medio de las circunstancias concretas. El Padre definió la figura ideal, sin prever el contexto real de la vida. Jesús debe descubrir qué caminar concreto será la traducción más fiel del ideal trazado. Su obediencia no es pasiva, como sería la ejecución fiel de un plan completo. Es una obediencia activa que debe ir descubriendo a partir de algunas inspiraciones fundamentales, una experiencia humana, jamás antes vivida por nadie. Basta releer los textos del Antiguo Testamento invocados por Jesús para justificar su modo de proceder, para caer en la cuenta de que, de hecho, las instrucciones del Padre seguían siendo bastante indeterminadas. Ningún judío había entendido su verdadero alcance. Sin embargo, Jesús penetró en su sentido auténtico, y creó una realización concreta válida.

Vivencia

Los evangelios no nos proporcionan ninguna doctrina abstracta sobre el Padre, pero sí podemos reconstruir, a partir del comportamiento de Jesús, el modo de vivir como hijos suyos. Se conoce al Padre por la vivencia. Jesús nos muestra que lo que importa no es invocar constantemente el nombre de Dios, sino vivir de un modo tal que corresponda a la voluntad del Padre. Lo que el Padre quiere no es que los hijos anden siempre preocupados por El, sino que realicen, en este mundo, su plan y cumplan la misión que El les entregó. «No todo el que dice: 'Señor, Señor', entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7, 21). «¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acer-

có al primero y le dice: 'Hijo, ve a trabajar hoy a mi viña'. El respondió: 'Señor, voy', pero no fue. Llegó el segundo y le dice lo mismo; éste respondió: 'No quiero'. Más tarde, sin embargo, se arrepintió y fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Respondieron: 'El último'» (Mt. 21, 31). Conclusión: lo que vale no es el decir, sino el hacer.

En esto, el cristianismo es diferente a todas las religiones conocidas, y Jesús revela a un Dios desconocido: un Dios que no se interesa por el culto, que no desea culto, sino una existencia humana dedicada al servicio de los hombres. Jesús no inventó ningún culto, ni lo practicó: vino «para servir, y dar su vida en rescate por la humanidad» (Mt. 20, 28). El Padre no quiere homenajes, ni aclamaciones, quiere que la misión de servir a la humanidad sea cumplida.

El verdadero servicio de Dios no se vive en forma de dedicación a un culto. Dios no precisa de esclavos a su servicio. El servicio de Dios toma la forma de una misión a cumplir. La obediencia a Dios se realiza en la aplicación de todas las energías humanas para descubrir constantemente la vida que cumple la misión recibida. Jesús obedece al Padre, no en el templo de Jerusalén, ofreciendo sacrificios, sino en los caminos de Galilea, realizando su misión de predicador, taumaturgo y testigo.

Esa relación de obediencia creadora repercute en la relación de Jesús con el mundo material y con los hombres.

Veamos, en primer lugar, las repercusiones del servicio del Padre en cuanto al mundo material. Por la aceptación radical de su misión Jesús se volvió libre y despreocupado en relación a los acontecimientos y las situaciones del mundo exterior. Quedó libre del miedo, de la angustia. Mejor dicho, la angustia no alcanza en él el último reducto de la personalidad. Hasta en los peores momentos de su existencia, la aceptación de su misión estaba más profundamente arraigada que la angustia. El temor no consigue perturbar aquellas raíces en que Jesús se apega a su misión. Nada puede acontecer que consiga conmover el fondo de su alma. De ahí esos textos famosos: «No estéis preocupa-

dos a causa de vuestra vida; ...vuestro Padre celestial las alimenta... No os inquietéis ...vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todo esto... No os preocupéis, pues, con el día de mañana, porque el día de mañana traerá sus cuidados. Basta a cada día sus cuidados» (Mt. 6, 25-34).

La confianza en el Padre, es el modo de vivir la libertad ante el mundo. En otras palabras, la libertad para con el mundo material, la despreocupación, es la realidad vivencial de la confianza en el Padre. Pues esta confianza no es un sentimiento, ni declaración verbal. Jesús no siente esa confianza como experiencia religiosa o mística. La vive llevado por la sumisión a la propia misión como condición vivencial de fidelidad. Por eso, la oración del Padrenuestro es una victoria sobre la preocupación y la angustia: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (Mt. 6, 2). Actividad de abandono que se manifiesta, por ejemplo, en la confianza en la oración: «Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; el que busca halla; al que llama se le abre. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O, si le pide un pez, le dará una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidieren» (Mt. 7, 7-12).

Es este un consejo atrevido. Pues Jesús sabe muy bien que el Padre no dará satisfacción a todos los deseos de los hijos, en la forma en que los hijos lo desean. Dios no dará aquello mismo que los hijos piden. Dará cosas buenas siempre. Pedir al Padre en medio de las necesidades de la vida equivale a renunciar a los pobres deseos y dejar que el Padre dé lo que le conviene dar.

Tal desprendimiento libera al hombre del prestigio del dinero. Jesús aparece como una persona completamente libre a ese respecto. Dedicado a la misión recibida, recibe y aprovecha los recursos que le ofrecen. En cuanto al futuro, confía en el Padre, o sea, desiste de cualquier garantía de confianza, renun-

cia a los propios deseos, y se dispone a contentarse con aquello que viniere, tomándolo como respuesta del Padre a su confianza.

Efectivamente, la obediencia al Padre es incompatible con la búsqueda del dinero: «No podeis servir a Dios y al dinero» (Mt. 6, 24). Ahora bien el servicio al Padre libera, y el servicio al dinero esclaviza. De ahí la afinidad entre los pobres y el Padre, tema constante de los evangelios. Jesús no ignora que el dinero confiere poder, fama, estima, en medio de los hombres; que la pobreza aparta, y el dinero atrae. Jesús sabía de esto; la parábola que contó a sus discípulos con respecto de las tentaciones de Satanás, muestra que conocía el prestigio del dinero. Sin embargo, al mismo tiempo, sabía que no se puede conquistar el dinero, y con él, el mundo, sin adorar a Satanás. De ahí el dilema entre las dos opciones, las únicas posibles: la de Satanás: «Todas estas cosas te daré, si, postrado, me adoras» y la de Dios: «Adorarás al Señor, tu Dios, y sólo a él darás culto» (Mt. 4, 9-10). Esto es: o buscar el dinero, y usar los medios para ese fin, lo que, en concreto, constituye el culto a Satanás, o dejar el dinero, y aceptar la pobreza en que se hace posible el servicio de Dios, esto es, el verdadero culto a Dios.

También ante el poder político, el servicio al Padre vuelve al hombre libre: «Dad al César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Mc. 12, 17). Cualquiera que sea la interpretación de esa palabra bastante enigmática, una cosa es cierta: con eso, Jesús toma una actitud de independencia, y distingue claramente entre el servicio del César y el servicio de Dios. Sin despreciar el primero, no permite que influya en el segundo. Durante la Pasión, el comportamiento de Jesús ante el representante de César, corresponde a las declaraciones que había hecho anteriormente.

En segundo lugar, la relación entre Jesús y el Padre lo hace libre en medio de los hombres. Jesús no tiene ya necesidad de defenderse, de defender su vida en medio de la competencia social. No entra en la concurrencia de los bienes inmediatos, y

está dispuesto a sacrificar hasta la vida. En esas condiciones, el amor del Padre engendra y sustenta el amor a los hombres. Amar a Dios era, desde los orígenes, el primer precepto de la ley de Moisés (Dt. 6, 4-5). Sin embargo los fariseos habían reducido el amor a Dios a la observancia rígida de un catálogo de preceptos materiales. Dicen que aman a Dios, y, en la realidad, no conocen el amor. «¡Ay de vosotros, fariseos! que os despreocupais de la justicia y del amor a Dios» (Lc. 2, 42). Los fariseos quedan desconcertados con esa acusación, ellos que se están dedicando totalmente al amor de Dios. Sucede que ellos se engañan con respecto al contenido de ese amor.

El verdadero amor a Dios se vive en el amor a los hombres, en la imitación del amor del Padre a los hombres. He aquí lo que los fariseos no sabían, y lo que Jesús muestra. En eso consiste la perfección: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48). «Amad a vuestros enemigos, rezad por aquellos que os persiguen; así sereis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, y hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos» (Mt. 5, 44-45). De esa manera, Jesús es Hijo verdadero del Padre, hijo eminente. Pues todo lo que hizo fue una ilustración de ese amor a Dios, exactamente en esa forma. Jamás lo vemos explicitar un diálogo entre el Padre y él. Las únicas palabras que los evangelios ponen en boca de Jesús como dirigidas al Padre son monólogos. El Padre no responde. No hay diálogo en forma «yo-tú». El diálogo entre Jesús y el Padre es vivido, en la existencia concreta, en forma de servicio a los hombres.

Estos son los signos del Padre que Jesús nos dejó. Debemos reconocer que, aunque perturben nuestras categorías religiosas, su originalidad es innegable. Con eso, no se contradice ni el valor del culto, ni el valor de la experiencia religiosa, en la medida en que la Iglesia los acepta o los organiza. Pero la imitación de Jesús, y la meditación de su vida es siempre la norma última para quien quiere ser su discípulo.

6. La esperanza

La nueva alianza

Ya hemos evocado varias veces la misión de Jesús, y hemos dicho que su acción se relaciona enteramente con la conciencia que tiene de su misión. Sería el momento de meditar ahora sobre la misión de Jesús. Pero la misión de Jesús es incomprendible fuera del contexto de una visión global del tiempo y del futuro, que los evangelios siempre suponen y frecuentemente explícitan. Jesús considera su misión personal dentro de una evolución del conjunto de la humanidad. Aprendió del judaísmo que la historia de cada hombre, extrae su valor del designio de Dios que afecta a la nación entera. Jesús no se considera ni un gran filósofo, ni un sabio, ni una personalidad cuya acción individual influiría en los hombres. El se sabe instrumento de una historia que lo envuelve y le atribuye significado. Interpreta su propio papel dentro de su esperanza. En el centro, en el motor de su existencia, hay una gran esperanza, que coincide con la esperanza de su pueblo, Israel. Su vida entera está al ser-

vicio de la esperanza de Israel. Por tanto, conviene meditar primero la esperanza de Jesús.

Los documentos más antiguos de las tradiciones sobre los hechos y los dichos de Jesús, contienen pocas referencias a las esperanzas de Israel. No había necesidad de recordar lo que era evidente. Para los primeros cristianos era evidente que todos los actos de Jesús suponían siempre la historia y las esperanzas mesiánicas de Israel. Estaban siempre subyacentes. Los evangelios fueron escritos, sobre todo Lc. y Jn., para los griegos; y explicitaron más esa conciencia de esperanza que constituye la clave de todas las palabras y de todos los actos de Jesús.

En cierto modo, Lucas presentó en el cántico de Zacarías una síntesis de la esperanza de Israel: quería recordar así, a los lectores menos iniciados, cuál era el ambiente en que resonó el mensaje de Jesús. Estaba viva la esperanza de un enviado de Dios:

«Para salvarnos de nuestros enemigos
y de la mano de cuantos nos odian.
Para hacer misericordia a nuestros padres,
recordando su santa alianza,
y el juramento que hizo
a Abrahán, nuestro padre,
de concedernos que, sin temor,
liberados de las manos de nuestros enemigos,
le sirvamos en santidad y justicia,
bajo su mirada todos nuestros días» (Lc. 1, 71-75)

Había en Israel —y esa esperanza se mantuvo constantemente, por lo menos entre los pobres de Dios— la confianza en una realización de las profecías. Había la convicción de que lo que se había dicho en el pasado y escrito en los libros sagrados a propósito de Israel, era anuncio y profecía de futuro. Todo lo que se había manifestado en el pasado era apenas figura y enseñanza de un destino futuro. «La gloria de Israel»

sería una revelación futura. Los israelitas esperan esa «gloria de Israel» (Lc. 2, 32).

En el transcurso de los tiempos, los profetas fueron recordando esa «gloria de Israel». Jesús sabe que su misión se sitúa en esa esperanza de la gloria de Israel. Al final, en el día señalado por Dios, en el tiempo esperado, Israel sería finalmente el pueblo de Dios, libre y fraterno, el pueblo en que todos son reyes y sacerdotes, en que todo revela la palabra de Dios, en que superabunda la «paz» (Lc. 1, 79; 2, 14), esto es, la plenitud y la armonía de todos los bienes.

No podemos comprender la misión de Jesús, si no partimos de este dato fundamental: Jesús asumió en sí mismo la totalidad de la esperanza excepcional de su pueblo. En él resuena esa esperanza. El es un amplificador de esa esperanza de Israel. Jesús no presta atención al presente. Constantemente divisa más allá de lo visible y de lo presente. Es el hombre que vive vibrando con las realidades que están por venir, aunque aun no hayan aparecido sensiblemente.

Jesús, no es, en primer lugar, el testimonio de un Dios que vive en los cielos; no es la manifestación de una sabiduría inmutable de un Dios inmutable. Es, ante todo, el anunciador de un Dios que viene. Vive intensamente ese presentimiento de la venida de Dios a esta tierra, en medio de los hombres. Ahora bien, esa venida de Dios afecta, en primer lugar, al pueblo de Israel.

Quien no es judío no puede imaginar la densidad humana de esa esperanza. Hay algo que los cristianos nacidos en la gentilidad no pueden comprender: la intensidad con que Jesús vivió las profecías que se refieren al destino de Israel. Pero no se trataba sólo de dar nueva vida a las profecías antiguas: Jesús sabe que de ahora en adelante, los tiempos se aproximan y que la realización es inminente. Tiene la sensación de que ha llegado el tiempo en que el pasado entero de Israel iba a lograr su significado. Ahora había llegado la hora esperada durante tantos siglos. Había llegado el tiempo de permanecer

alerta y atento. Por eso, lo más urgente era despertar a Israel entero para que recordase su destino.

De ahí la misión conferida a los discípulos: «No tomeis el camino que conduce a las naciones y no entreis en ninguna ciudad de los samaritanos; id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt. 10, 6). «En verdad os digo que no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre» (Mt. 10, 23).

Además, milagros, señales de misericordia, perdón de los pecados, curación de los enfermos, anuncio del evangelio a los pobres: toda la actividad de Jesús, se relaciona con las profecías. Los evangelios más tardíos insistirán en evocar los textos más célebres que destacan esa visión profética.

La misma elección de los discípulos se refiere al destino de Israel: «Vosotros que me seguisteis, os sentaréis también sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel» (Mt. 19, 28). La Pasión de Jesús fue la nueva pascua, el paso definitivo de Israel a la tierra nueva, el camino hacia la tierra de promisión. Al final, la última señal, la de la cena, evoca poderosamente la alianza de Israel. Se trata de la renovación definitiva de esa alianza. Jesús coloca su obra terrestre y su muerte bajo el signo de la alianza: cumple los gestos que van a complementar finalmente la «alianza para la remisión de los pecados» (Mt. 26, 28).

Las promesas hechas a los pobres y a los humildes incluyen la totalidad de los bienes que resultan de esa alianza y se encuentran en la pascua:

«Felices... porque de ellos es el reino de los cielos ...porque serán consolados ...porque recibirán la tierra en herencia ...porque serán saciados ...porque alcanzarán misericordia ...porque contemplarán a Dios ...porque serán llamados hijos de Dios...» (Mt. 5,3-9). Todas esas fórmulas son equivalentes. Todas recuerdan el mensaje de los profetas. Todas muestran que las promesas de Jesús son las mismas que el pueblo transmite y alimenta. Pero ahora hablan de un futuro ya próximo.

Luz de las naciones

Jesús apenas conoció algunos lugares situados fuera de las fronteras del pueblo de Israel. No realizó ninguna obra en medio de los paganos. Su perspectiva siempre fue la de Israel. Sin embargo, dentro de la misión de Israel cabe, de acuerdo con los profetas, la salvación de las naciones. En esa perspectiva ve Jesús a los pueblos del universo: en la prolongación del destino de Israel. Jesús alcanza a las naciones por mediación de la misión y del destino de Israel. El sabe que Israel tiene por vocación iluminar a todas las naciones. Más aún: acentúa particularmente ese aspecto contenido en la esperanza de los profetas.

Una vez más fue Lucas quien destacó la universalidad de las promesas proféticas. El cántico de Zacarías celebra «la obra de la misericordia de nuestro Dios, que nos traerá de lo alto la visita del sol naciente, a fin de iluminar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte» (Lc. 1, 78-79).

La salvación de Israel es, como dice el viejo Simeón, la de todos los pueblos:

«mis ojos contemplaron tu salvación
que preparaste en favor de todos los pueblos,
luz que ilumina a las naciones
y gloria de Israel, tu pueblo» (Lc. 2, 30-32)

En esa perspectiva podemos valorar los gestos que Jesús hizo como señales precursoras de esa iluminación de todas las naciones: la respuesta dada al centurión romano y a la mujer siro-fenicia, la maldición de las ciudades de Israel y la comparación con las ciudades paganas, que reciben con más atención las advertencias de los profetas.

No es de extrañar que, después de la resurrección, venga la misión de los discípulos a las naciones extranjeras. Esa misión estaba anunciada, en cierto modo, en el mismo comporta-

miento de Jesús: «Id al mundo entero, predicad el evangelio a toda criatura» (Mc. 16, 15).

La negativa de Israel

La esperanza de Jesús encontró de hecho un obstáculo terrible. ¿Cómo podía él creer en la misión de su pueblo y conciliar esa misión con la convicción de ser él un instrumento privilegiado de esa misión, si el pueblo se apartaba de él? Pues por esta experiencia tuvo que pasar: los elementos más representativos del pueblo de Israel no solamente no le aceptaban, sino que se preparaban para una oposición radical. Escribas, ancianos, sacerdotes, saduceos, herodianos, todos se apartaban de él. Apenas encontraba comprensión y entusiasmo entre los pobres incultos de Galilea. El que se presentaba en nombre de las esperanzas de su pueblo, se veía rechazado, aparentemente, por ese pueblo.

¿Cómo perseverar a la vista de tal desmentido de los hechos? Era preciso tener una convicción muy fuerte para no desanimarse, para no querer desaparecer y volver a Nazaret y al taller de carpintería. Pero la oposición no le quita el ánimo y la voluntad de proseguir. Por el contrario, a la negativa de los líderes representativos de Israel, Jesús responde con la amenaza y con el anuncio del juicio. La resistencia de los jefes no conseguirá vencer el plan de Dios: ellos que se oponen a ese plan serán juzgados y aniquilados por la sentencia de Dios. Además Jesús encontraba en la propia historia de Israel argumentos bien fuertes. Esa oposición al enviado de Dios ¿no se había manifestado ya con ocasión de la presencia de todos los profetas? Jesús interpreta esa hostilidad de los judíos a la luz de la persecución de los profetas. Por tanto, lejos de desanimarle, la oposición encontrada tiene su respuesta en el juicio: si la resistencia a Dios ha llegado a puntos culminantes, ¿no será señal de que el juicio se aproxima?

«Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por eso, he aquí que os envío profetas, sabios y escribas: a unos mataréis y crucificaréis, a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad, de modo que os volveréis responsables de toda la sangre de los hombres justos que se derramó en la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que asesinasteis entre el santuario y el altar. En verdad os digo: la presente generación será responsable de todas esas cosas» (Mt. 23, 33-36). «Jerusalém, Jerusalém, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados...» (Mt. 23, 37).

Está claro que Jesús quedó profundamente perturbado, emocionado y agitado por la persecución. La enfrentó, no quiso refugiarse en ilusiones. Los evangelios refieren tres anuncios de la persecución final hasta la muerte; señal de que esa previsión llamó la atención de los discípulos aunque ellos se hallasen más inclinados a falsas esperanzas. Sin embargo, el temperamento profético de Jesús reaccionó emocionalmente, provocando las violentas palabras de anuncio del juicio de Dios y de la ruina de Israel. «Salió Jesús del templo y se iba apartando, cuando los discípulos se aproximaron con el fin de llamarle la atención sobre la construcción del templo. El, sin embargo, les respondió: 'Estáis viendo todo eso? En verdad os digo, no quedará aquí piedra sobre piedra; todo será destruido'» (Mt. 24, 1-2). «Entonces habrá gran tribulación como no la hubo desde el principio del mundo hasta hoy, ni la habrá jamás... luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no brillará, las estrellas caerán del cielo, el mundo de los astros se convulsionará...» (Mt. 24, 21, 29).

Estas predicciones no son originales. Jesús las encontró en los libros de los profetas. Las recuerda para salir al paso de las persecuciones previstas. Lejos de ser señal de hostilidad de Dios, lejos de ser advertencia de tener que desistir de una empresa desesperada, las persecuciones deben animar y confirmar a los verdaderos servidores de Dios. El anuncio del juicio es la for-

ma que toma la esperanza ante la persecución. La persecución apareció tan claramente inevitable a los ojos de Jesús, que no la prevee solamente para sí mismo, sino también para sus discípulos: «Entonces os han de entregar a los tormentos y a la muerte; seréis objeto de odio por todos los pueblos, por causa de mi nombre. Y entonces muchos sucumbirán; se traicionarán y odiarán los unos a los otros...» (Mt. 24, 9-10). Entonces, aparecerá el Hijo del hombre enviado por Dios para realizar el juicio. Entonces, aparecerá la verdad, y los que condenaron a Jesús serán vencidos y quedarán avergonzados: «Entonces aparecerá, en el cielo, la señal del Hijo del hombre; y todos los pueblos de la tierra se golpearán el pecho, y verán al Hijo del hombre aparecer sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mt. 24, 30).

De esta manera la esperanza de Jesús vence la oposición de la nación: a pesar de la resistencia de los hechos, El no deja de creer. La oposición significa apenas un recuerdo de la doctrina de los profetas con respecto del juicio final de Dios.

El resto de Israel

Entretanto, sigue en pie un problema: hasta que el juicio venga a dar razón a Jesús, ¿cómo conciliar esa victoria final con la esperanza de ser el redentor y el unificador de Israel? Para un lector actual, ese problema no parecerá primordial. Para un judío del siglo primero, y para Jesús que concibió su vida en cada momento, en función del destino de Israel, el problema era fundamental.

Jesús concilió las exigencias aparentemente inconciliables de su visión del mundo y de su esperanza, haciendo recaer sobre sus discípulos la vocación y la misión de Israel. Había en la Biblia textos suficientes para que se pudiese comprender que el verdadero pueblo de Dios era el pueblo de los pobres y de los humildes de Israel, el pueblo de los perseguidos y de los hu-

millados. Pues bien, sus discípulos serían justamente eso: el verdadero Israel, hecho de pescadores y de publicanos, de gente sencilla y sin instrucción. Ellos reconstruirían el verdadero pueblo de Dios, e iluminarían a las naciones. Ellos ocuparían, en el día del juicio, los tronos de los asesores del Hijo del hombre, en lugar de los escribas, de los ancianos o de los sacerdotes. Ellos serían el sanedrín del verdadero Israel, después de haber cumplido la misión de realizar las promesas.

De esa manera, no había motivo para abandonar la esperanza de Israel. Jesús nunca pensó que él mismo pudiese realizar toda la tarea. Desde el principio, supo que le cabía una parte solamente de los destinos de Israel. Por eso escogió a sus discípulos, para que fuesen sus continuadores. De modo particular, la misión de llevar la luz a las naciones paganas quedaba reservada a los apóstoles. Y esa misión tendría que ser cumplida antes del día del juicio final: «Esta buena-nueva del reino será anunciada en todo el mundo, en testimonio para los pueblos. A continuación vendrá el fin» (Mt. 24, 14).

El Reino de Dios

En medio de todos esos acontecimientos, y por medio de ellos, Jesús percibe la venida de una realidad ineludible: el Reino de Dios. Ese concepto de Reino de Dios es creación suya, uno de los pocos conceptos que le son propios, ya que la mayoría de sus conceptos vienen del Antiguo Testamento, esto es, del pueblo que lo formó. Si el concepto de Reino de Dios es creación de Jesús, podemos pensar que él le daba mucha importancia. Ahora bien, de hecho, ese concepto no existía en el pueblo de Israel. Era tan original que ni los apóstoles le fueron fieles. Lo citan los evangelios y lo atribuyen a Jesús porque la tradición se acordó de ese modo suyo de hablar. Sin embargo, ellos mismos, no supieron usar ese concepto. Lo dejaron caer sencillamente; no les sirvió para expresar su experiencia de Cristo.

En la mente de Jesús, sin embargo, el Reino de Dios reunía todos los aspectos de su esperanza: sintetizaba tanto el término, como las pruebas y las resistencias. El Reino de Dios significaba que Dios iba a reinar, que iba a triunfar de sus enemigos, iba a instalar su reinado, y significaba también que iba a comenzar un pueblo nuevo, el Reino de Dios como el pueblo en que Dios reina. En ese Reino de Dios caben la restauración del verdadero Israel, la iluminación de las naciones, el juicio de los perseguidores, el falso Israel que mata a los profetas, y la reunión de los elegidos de las cuatro esquinas de la tierra, así como todos los acontecimientos que llevarían a esas realidades. Podemos pensar que Jesús percibió, poco a poco, todos los aspectos del Reino. Desde el principio, sin embargo, él se apartó de los objetos tradicionales de la esperanza de Israel, para escoger ese concepto original: desde el principio sabe que le cabía la misión de dar la imagen final de la esperanza, recogiendo en una síntesis completa los elementos que ya estaban en la Biblia.

Desde el principio hasta el fin, Jesús fue el testimonio de ese anuncio y vivió para testimoniar su esperanza: «Se completó el tiempo, decía; llegó el Reino de Dios: convertíos y creed en la buena-nueva» (Mc. 1, 14). Quiere que los discípulos queden totalmente dedicados al Reino de Dios: «Procurad primero el Reino y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura» (Mt. 6, 33). Su oración será: «Venga tu Reino» (Mt. 6, 10).

Las señales y las palabras de Jesús confirman la proximidad del Reino. La oposición que encuentran, tanto Jesús como los discípulos, no pueden engañar. Ese es justamente el misterio del Reino. Misterio quiere decir aquí, secreto. El Reino de Dios tiene apariencias modestas. Crece a partir de una semilla muy pequeña (Mt. 13, 31); es tan modesto que aparece tan escondido como el fermento en la masa (Mt. 13, 33); llega y crece en medio de los hombres como la semilla que madura sola: «Acontece con el Reino de Dios como le pasa al hombre

que echa la semilla en tierra: duerma o esté de pie, de noche o de día, la semilla germina y crece, sin que él sepa cómo» (Mc. 4, 26-27).

El Reino de Dios soporta la oposición y la persecución. Dios tolera la presencia de la cizaña en el campo de trigo y la presencia de los peces malos al lado de los peces buenos en la red. Pues la palabra del Reino va creciendo poco a poco en los terrenos más variados y recibiendo acogida muy diferente. El Reino de Dios crece simultáneamente con la misión de Jesús y de los discípulos. La esperanza no encuentra desilusión; no fue vano que los discípulos dejaran todo para comprar el tesoro escondido o la perla de gran precio. A ellos «es dado conocer los misterios del reino de los cielos» (Mt. 13, 2). Además, Pedro recibió la promesa de las «llaves del reino de los cielos» (Mt. 16, 18) para dar continuidad a la misión de Jesús, en medio de aquel núcleo del verdadero Israel en que consiste la reunión del pueblo de Dios.

Por lo demás, el reino conocerá una etapa decisiva en el día del gran juicio, cuando el Hijo del hombre haga la separación entre los elegidos y los falsos miembros del pueblo de Israel: «El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que sacarán de su reino todos los escándalos y a los que promueven la iniquidad... Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre» (Mt. 13, 41-43). «Yo os digo, pues, que muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán en el reino de los cielos con Abrahán, Isaac y Jacob; al paso que los hijos del reino serán lanzados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes» (Mt. 8, 11-12).

¿Cuándo?

Ciertamente Jesús no podía tener la visión de la historia que nosotros tenemos. No podía prever los 20 siglos que nos separan de él. Cuando los discípulos le hacen la pregunta

respecto a la destrucción del templo de Jerusalém: «Dinos, ¿cuándo será esto, y qué señal habrá de que todo esto estará, entonces, para cumplirse?», Jesús responde: «En cuanto a ese día o esa hora, nadie lo sabe; ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solamente el Padre» (Mc. 13, 4. 32).

La ignorancia de Jesús se refiere al conjunto de los acontecimientos: los que afectan a Jerusalém, al templo, al pueblo de Israel, a la misión a las naciones, a la llegada del hijo del hombre, y a las diversas señales anunciadas como señales precursoras.

Sin embargo, todo indica que Jesús preveía un desenlace rápido. No imaginó un plazo muy largo. Los textos que los evangelistas nos conservaron dan la impresión de que Jesús esperaba un fin próximo. Ahora bien, tales textos no favorecían la comprensión de los redactores de los evangelios. No es posible que declaraciones semejantes, que, además, no fueron entendidas por los primeros cristianos, hayan sido inventadas, o sean explicitaciones de otras declaraciones de Jesús. Por ser difíciles de comprensión y de aceptación, las palabras deben ser del propio Jesús. Son por ejemplo, las siguientes: «En verdad os digo: no pasará esta generación sin que todo esto acontezca» (Mc. 13, 30); «En cuanto os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad os digo, que no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre» (Mt. 10, 23); «En verdad os digo que, de los que aquí se encuentran, algunos no morirán antes de haber visto el Reino de Dios viniendo con poder» (Mc. 9, 1).

Esas declaraciones, pronunciadas con tanta solemnidad, son bastante oscuras. De cualquier manera, no se podría conciliar con ellas una perspectiva de muchos siglos de porvenir. Es muy probable que Jesús se encontrara en la misma disposición mental que conocemos entre los profetas del Antiguo Testamento. Los profetas nunca recibieron revelaciones sobre los tiempos y los plazos. Divisan el futuro sin embargo, con tanta evidencia y con una certeza tan fuerte, que la fuerza de la visión parece

repercutir en una sensación de proximidad. Tienden a reducir los plazos que los separan de los acontecimientos. La urgencia engendra, en ellos, una sensación de proximidad. En realidad, se constata, después, que los acontecimientos tardan más de lo previsto. En segundo lugar, los profetas colocan en una única perspectiva de futuro, acontecimientos sucesivos. Lo mismo sucedió en el caso de Jesús. La fuerza de su esperanza le llevó a divisar como inmediatos, acontecimientos que todavía debían tardar. La misma esperanza le llevó a ver, en una sola mirada, acontecimientos que iban a sucederse con intervalos a veces muy grandes. Jesús vio, en panorámica sintética, su muerte, la misión de los apóstoles, el fin del templo de Jerusalém, la venida del Hijo del hombre, como si todo eso fuese a acontecer en el transcurrir de una generación. El mismo dijo que el Padre lo dejó en la ignorancia; o sea, concretamente, que lo dejó entregado a los esquemas y a los modos de pensar que estaban vigentes en el pueblo de Israel. En esas condiciones, era inevitable que Jesús pensase con las categorías de los profetas y de sus contemporáneos: para él, el tiempo de la Iglesia no sobrepasaría en mucho el tiempo de una generación. Más tarde, poco a poco, los discípulos tuvieron que corregir las promesas de Jesús a la luz de la demora, y profundizar todo lo que les había dicho, en función de la situación en que se encontraron.

A nosotros, hoy en día, puede parecernos increíble que Jesús haya permanecido en una ignorancia tan grande con respecto al futuro de la Iglesia: por eso no pensó en planear la misión de los discípulos. De hecho, no les dejó más instrucciones que la misión de recorrer el mundo entero. En cuanto a la vida interna del grupo y al desenvolvimiento de aquello que iba a ser la Iglesia cristiana, dejó apenas algunas recomendaciones de humildad y de caridad, reunió a los Doce y les entregó a continuación su obra, dio una misión especial a Pedro, recomendó que celebrasen la cena en recuerdo suyo y como señal de la nueva alianza sellada en la cruz. Nada más. Quiere decir que dejó la propia obra, al final de una carrera rápida,

con una inmensa confianza en la acción de Dios. El porvenir entero no le preocupó: no manifestó preocupaciones con respecto de la futura actuación de los discípulos. Vivió su propia recomendación: basta a cada día su propio trabajo.

Esa confianza en el Padre, muestra la medida de su esperanza: «uno planta y otro coge» (Jn. 4, 37). El plantó. Tuvo certeza de que otros recogerían. Lo que pudiese acontecer en el intervalo, era dominio del Padre, no era problema suyo. El Espíritu ya se encargaría del resto. El Espíritu acompañaría a los apóstoles y les inspiraría el modo de prolongar su acción hasta el final de todas las cosas.

Las últimas recomendaciones que dejó a los suyos no fueron en el sentido de preparar con ellos los trabajos de la Iglesia. Fueron recomendaciones de vigilancia: que permaneciesen siempre alertas, siempre disponibles y atentos a las señales del Reino de Dios. Claro está que esa recomendación toma para nosotros, hoy, otro acento. Por la historia concreta, el Padre mostró que la venida del Reino era mucho más lenta, compleja, misteriosa, progresiva de lo que Jesús, en su mente humana, podía concebir en aquel tiempo. Entretanto, la recomendación siempre vale:

«Estad atentos, vigilad; porque no sabéis cuándo será el momento. Es como un hombre que partió de viaje: dejó la casa, pasó la administración a los servidores, dio a cada uno su trabajo y ordenó al portero que quedase vigilando. Vigilad, pues, porque no sabéis cuándo volverá el señor de la casa: si a la tarde, a la medianoche, al canto del gallo o de mañana. Para que, si llegare de improviso, no os encuentre durmiendo. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Vigilad» (Mc. 13, 33-37). El evangelio de Mateo añade a esas advertencias una serie de parábolas (Mt. 24, 32-25, 13). La conclusión es la misma: «Vigilad, por tanto, pues no sabéis el día ni la hora» (Mt. 25, 13).

Quienes no son capaces de comprender las señales de los tiempos, son los fariseos. «No sois capaces de reconocer las se-

ñales de los tiempos. Generación mala y adúltera. Pide una señal, y no le será dada sino la señal de Jonás» (Mt. 16, 3-4). Los fariseos no son capaces, porque ya tienen los planes hechos. Ya poseen los criterios que les permitan preveer la marcha de los acontecimientos. Encuentran que saben y, por eso mismo, no saben, y no saben que no saben. Jesús sabe lo que sabe y sabe lo que no sabe. Permanece vigilando y entiende las señales de los tiempos y, la primera de entre ellas, la señal de Jonás. Que los discípulos permanezcan también escuchando y observando, pues el Reino de Dios todavía está llegando. Aún no terminó su curso.

7. La misión

El profeta

¿Cómo entendió Jesús su propia vida y su actuación? Esencialmente como una misión, y esa misión ha de ser interpretada dentro de la visión de la historia, que él mismo concibió y presentó a los discípulos. Jesús entendió que su vida estaba esbozada ya en los libros sagrados. Por tanto, todo debía cumplirse de acuerdo con las Escrituras. Su vida ya no le pertenecía. En eso podía compararse con los profetas de su nación: tampoco los profetas se pertenecían a sí mismos, sino al Dios que los había escogido.

Precisamos iniciar nuestra meditación sobre la misión de Jesús por esa figura del profeta. Efectivamente, el profeta es una figura profundamente representativa del pueblo de Israel, y la misión de Jesús se vincula enteramente con el destino de Israel. De todos los papeles históricos, vividos en el pasado, el que más se aproxima a la misión de Jesús es el de profeta: ni los sacerdotes, ni los reyes, ni los escribas, ni los sabios ofre-

cen término de comparación, ni Jesús se pensó en tales categorías. Al revés, él se comparó con los profetas y aceptó el paralelo.

El profeta es el hombre que Dios escogió para realizar sus designios en Israel, para ser portador de sus palabras y de sus señales. Ahora bien, Jesús fue hasta el final, el hombre de Israel, ligado al destino de Israel. Lo fue hasta un punto que nos parece extraño. Mientras que la Iglesia, que nació de él, se extendió por el mundo entero, mostrando ostensiblemente un carácter universal, Jesús permaneció ligado al pueblo de Israel, al Israel antiguo de Moisés y de los profetas. Anunció la venida de los paganos, pero él mismo no los fue a buscar. Los aceptó cuando ellos se presentaron con insistencia. Pero no fue a buscarlos. «No fui enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt. 15, 24). El sabe que su misión es parcial. No lo hará todo. Otros harán el resto. El queda dentro de las fronteras de su pueblo. En este sentido, Jesús anunció la Iglesia, pero no la fundó (en el tiempo de su vida mortal).

Jesús apareció, así pues, como profeta. Así pensaban los que le descubrían. Herodes oyó hablar de Jesús, pues su nombre se volvió famoso, y unos decían: «Juan Bautista resucitó de entre los muertos, y por eso en él se realizan esas maravillas». Otros, sin embargo, decían: «Es Elías». Otros: «Es un profeta igual a los antiguos profetas». Herodes, habiendo oído hablar de eso, decía: «Es Juan a quien mandé degollar, que resucitó» (Mc. 6, 14-16). Pero Herodes era supersticioso: los otros tenían razón. Cuando Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Mc. 8, 27), recibió una respuesta semejante: «Unos dicen que Juan Bautista; otros que Elías; y otros, uno de los profetas» (Mc. 8, 28).

Jesús no es Elías. «Yo os digo que Elías ya vino» (Mc. 9, 13). Pero se compara con Elías y compara su destino con el de Elías. Apela a Elías: «En verdad, yo os digo que ningún profeta es bien recibido en su tierra. Sin duda, yo os aseguro, había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando el cie-

lo permaneció cerrado durante tres años y seis meses y una gran hambre diezmó todo el país; a ninguna de ellas, sin embargo, fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, en el país de Sidón. Había mucho leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, sino Naamán, el sirio» (Lc. 4, 24-27).

En aquellos tiempos, el profeta era, en primer lugar, un taumaturgo, que hacía las señales maravillosas de Dios. De ahí la comparación que los evangelios hacen entre las señales de Jesús y las de Elías (Mt. 9, 36 — 1Rs 22, 17; Mc. 1, 24 — 1Rs 17, 18). En el caso del hijo de la viuda de Naím, por ejemplo, todos reconocieron la analogía con el milagro de Elías (1Rs 17, 23). Llenos de temor, todos alababan a Dios con estas palabras: «Un gran profeta surgió entre nosotros y Dios visitó a su pueblo» (Lc. 7, 16).

Por otro lado, el profeta es, también, el hombre que anuncia la venida de Dios y, en ese sentido, también Jesús es semejante a los profetas. Jesús anuncia la venida del Reino de Dios (Mc. 1, 15), y pide la conversión como preparación para esa venida: todo como los profetas. Recorre los caminos y las ciudades proclamando ese mensaje. «Vamos para otros lugares, a las aldeas vecinas, para que yo proclame también por allí mi mensaje, pues para eso salí. Fue, entonces, proclamando el mensaje en las sinagogas, por toda Galilea, y expulsando los demonios» (Mc. 1, 38-39).

Como predicador de penitencia, Jesús evoca la figura de otro profeta, Jonás: «Los hombres de Nínive se han de levantar en el día del juicio contra esta generación y la han de condenar, porque se arrepintieron con la predicación de Jonás, y aquí teneis a alguien mayor que Jonás» (Mt. 12, 41). No es extraño que en el día de la transfiguración hayan aparecido junto con Jesús los profetas Elías y Moisés (Mc. 9, 4). En cuanto a Moisés el evangelio según Juan, está lleno de paralelos entre Jesús y Moisés.

También en la persecución hay semejanza entre Jesús y los

profetas: «Jerusalém, Jerusalém, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los pollitos debajo de sus alas...». (Mt. 23, 37). Pero aun aceptando la comparación, Jesús se halla superior a los profetas: es mayor que Elías, mayor que Jonás. En las controversias con los escribas, se afirma mayor que el propio Moisés. Moisés es el legislador de Israel, el fundador de la ley. Con todo, Jesús reivindica la autoridad suficiente para interpretar y completar la ley de Moisés. Hace ese trabajo no como comentador, sino como quien tiene realmente autoridad. «Cuando llegó el sábado, Jesús fue a la sinagoga donde enseñaba. Mucho se admiraban los oyentes por su doctrina, pues enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc. 1, 21-22).

Así en la cuestión del repudio de la mujer, los fariseos invocan la autoridad de Moisés que permitió redactar acta de divorcio y repudiar. Replicó entonces Jesús: «A causa de la dureza de vuestro corazón os escribió este precepto. Pero en el principio de la creación Dios los hizo hombre y mujer, etc.» (Mc. 10, 5-6).

De modo semejante, Mateo reunió en el sermón de la montaña una serie de respuestas a cuestiones sacadas de la ley de Moisés: «Oísteis que se dijo a los antiguos (esto es, por Moisés)...» (Mt. 5, 21, 27, 31, 33, 38, 43). «Yo, sin embargo, os digo... Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Jesús no desmiente la ley. Manda que sea cumplida. (Mc. 1, 44; Lc. 16, 29), quiere que sea llevada a la perfección: «Si vuestra justicia no superase la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 5, 20). Jesús completa lo que dice Moisés y, por consiguiente, es, al menos, tan grande como él.

Además, Jesús tiene autoridad sobre la Escritura que interpreta soberanamente en todos sus libros. No se coloca solamente al nivel de Moisés, el profeta y legislador, sino también al nivel de los demás profetas: invoca con autoridad los escri-

tos de Salomón y se proclama superior a Salomón: «La reina del Sur se levantará, en el día del juicio, contra esta generación y la condenará, porque vino desde los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí teneis a algunien mayor que Salomón» (Mt. 12, 42). Más: insinúa que es superior a David por el comentario que hace del salmo 110,1: «El mismo David lo llama Señor: ¿cómo puede, entonces, ser su hijo?» (Mc. 12, 37).

De cualquier forma, el título de profeta no agota el sentido que Jesús atribuye a su misión. El pueblo quiere proclamarlo rey y lanzar el título de rey: creen que él es el rey esperado, aquel a quien se da el nombre de Mesías. ¿No será él, el rey?

El rey

¿Tenía Jesús la pretensión de ser el «rey de los judíos», el Mesías esperado por el pueblo? Se sabe que el motivo invocado para condenarlo fue ése. La inscripción colocada en la cruz estaba así redactada: «El rey de los judíos» (Mc. 15, 26). Cerca de la cruz, los sacerdotes y los escribas se mofaban de él y decían: «Salvó a otros, y no puede salvarse a sí mismo. ¡Oh Cristo, oh rey de Israel! Desciende ahora de la cruz, para que veamos y creamos» (Mc. 15, 31-32). Los sacerdotes y los escribas estaban convencidos de que Jesús era, naturalmente, un falso mesías.

Jesús fue aclamado por el pueblo de Galilea con ese título de rey. Hicieron incluso una manifestación en la entrada de Jesús en Jerusalém. Lo recibieron triunfalmente, un triunfo modesto por lo demás, de pueblo sencillo (Mc. 2, 1-2). Algunos fariseos quedaron escandalizados, y le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos» (Lc. 19, 39).

Además, los apóstoles tenían la misma certeza: Jesús era el rey anunciado, el rey de que habla la Biblia, el Mesías de quien habla el pueblo. En este sentido Pedro respondió a Jesús: «Tú eres el Cristo» (esto es, el Ungido, el rey) (Mc. 8,

29). Por eso mismo, Pedro comenzó a censurarlo, cuando Jesús introdujo el tema de su muerte. Por eso también, los discípulos querían saber quién sería el primero en el reino de su rey, y los hijos de Zebedeo pidieron el primer lugar.

Muchos aspectos de la misión de Jesús evocan a modo de signo la figura del rey mesiánico: la esperanza dada a los pobres, la salud restituída a los enfermos, la expulsión de los demonios. ¿Por qué, entonces, él no quiere que se publique ese título de rey? ¿Será que él niega ser el rey anunciado? En verdad, Jesús sabía que le cabía un lugar importante en el Reino del Padre. Sin embargo no sabía ni cómo ni cuándo. Lo que sabía, cada vez con mayor lucidez y evidencia, era la necesidad de morir. Dentro de su misión no había entronización prevista. De ahí las recomendaciones del silencio. Después de la declaración de Pedro, Jesús «les dio severamente la orden de no decirlo a nadie» (Mc. 8, 30). Después de la transfiguración, «al descender del monte, les prohibió narrar lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos» (Mc. 9, 9). De la misma manera prohíbe a los enfermos que cura o a los demonios que expulsa que publiquen una proclamación mesiánica.

La razón de esa prohibición provocó muchos comentarios. Con todo, el problema parece bastante claro, al menos en líneas generales. Jesús asocia la prohibición con el anuncio de su muerte. No quiere ser aclamado como rey, porque sabe que su misión no es ser coronado o ungido rey de Israel. Su realeza tiene otros caminos. Sabe que su misión es la persecución y la muerte. Sabe que el título de rey le podría ser aplicado en cierta manera, pero todavía no. Solamente después de haber cumplido con lo esencial de su misión.

La muerte

En el fondo, Jesús sabe que su misión era muy breve y sencilla: echar la semilla y morir. En cuanto al Reino de Dios,

solamente se le pedía echar la semilla. No debía ver germinar y crecer al árbol. Del árbol nada conocería antes de morir. Del efecto de la palabra, de las señales, del resultado de tantos beneficios, de la eficacia de tantas instrucciones, no le sería dado a conocer absolutamente nada. Después de plantar la semilla, sólo le quedaba prepararse para morir. La muerte sería el gran acto que el Padre le iba a pedir. Solamente después de esa prueba, la planta iba a crecer y dar frutos. De ahí la impresión de carrera hacia la muerte que presentan los evangelios. Después de una entrada rápida, que muestra el entusiasmo de algunos meses de señales —la semilla es lanzada— toda la preocupación de Jesús se dirige a su muerte ineludible.

El vivió intensamente esa precariedad de la fase de profeta, legislador y sabio. No tendría ninguna larga carrera de sabio, de legislador o de profeta. Apenas despertó la esperanza, desapareció. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará sólo; cuando muere, sin embargo, da mucho fruto» (Jn. 12, 24). No fue casualidad que Jesús escogiera la semilla como tema predilecto de sus parábolas. Jesús vivió anticipadamente su muerte. ¿Cómo descubrió esa misión? Probablemente a partir de las Escrituras. No hay texto alguno en que él se atribuya, explícitamente, el título de Siervo de Dios que corresponde a la figura del hombre sacrificado por el bien del pueblo en las profecías de Isaías 53. Parece probable, no obstante, que se haya aplicado esa profecía a sí mismo. Las palabras pronunciadas al entregar a los discípulos el cáliz, en la última Cena, evocan claramente la profecía del Siervo de Dios de Isaías: «La sangre de la alianza, derramada por la multitud» (Mc. 14, 24).

De cualquier manera, Jesús anunció su muerte a los suyos, y con mucha insistencia. El hecho de que los evangelios citen tres veces ese anuncio, muestra la insistencia. Ahora bien, Jesús no anunció su muerte como un accidente o una desgracia, como una fatalidad o una consecuencia inevitable. En cierto modo, él podía haber evitado el conflicto con las autoridades. Al menos, podía haber aplazado la hora del conflicto. Podía

no haber ido a Jerusalén en la hora del mayor peligro. Era tan fácil buscar refugio en una región vecina, o sencillamente en Galilea, hasta que se calmara la tempestad. Todo sucedió como si, una vez consciente de la ineludibilidad de su muerte, Jesús hubiese resuelto precipitar el desenlace final. Fue a Jerusalén para entregarse, literalmente. Los discípulos lo sabían (Jn. 2, 7-8), y procuraban evitar el peligro. Fue inútil. En nombre de ellos, Tomás dice, con mucha presunción por cierto: «Vamos también y muramos con él» (Jn. 2, 16).

Jesús previó su muerte como parte, como la parte principal de su misión. Una vez plantada la semilla, ¿para qué esperar más? Como le decía a Judas: «Lo que pretendes hacer hazlo pronto» (Jn. 13, 27).

Esa muerte debía tener un significado en el plan de la nueva alianza. Más tarde la comunidad cristiana primitiva elaboraría una interpretación de su significado. Mientras tanto, Jesús la vivió con poca elaboración teológica. No era necesario hacer una teoría para dar a esa muerte el significado de una aceptación de un plan misterioso con respecto de la historia de la humanidad.

«Comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debería sufrir mucho; ser rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y escribas; ser entregado a la muerte y resucitar después de tres días» (Mc. 8, 31). Esta formulación es muy esquemática, y proviene del redactor. Refleja, no obstante, la percepción que Jesús tenía de su muerte como parte esencial de su misión. Marcos repite una segunda vez esta predicción. También una tercera vez, cuando Jesús sube a Jerusalén: Ahora, estaban en camino, subiendo a Jerusalén, y Jesús iba delante de ellos, que estaban espantados. Los otros que los seguían estaban con miedo. Tomó nuevamente a parte a los Doce y les declaró lo que le esperaba: «He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los escribas; ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán a los extranjeros que lo escarnecerán, lo escupi-

rán, lo azotarán y le quitarán la vida; pero después de tres días resucitará» (Mc. 10, 32-34). Aquí de nuevo, percibimos la mano del redactor que narra después de los acontecimientos. No obstante, el redactor relata la preocupación permanente de Jesús.

Esa muerte será un bautismo, una purificación, un paso para una vida nueva, un cambio total: «¿Podeis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que voy a ser bautizado?» (Mc. 10, 38).

Las narraciones de la muerte de Jesús constituyen una parte muy discutida dentro de los evangelios. Se trata de textos solemnes con todas las apariencias de un drama litúrgico. Todo lleva a creer que las narraciones se formaron en el contexto de la liturgia cristiana primitiva. Los propios apóstoles confiesan que huyeron. Por tanto, no hubo testimonios dignos de confianza de personas que asistieron a los acontecimientos. El contenido teológico es particularmente elevado. Todo subraya una sola idea: Jesús penetró en la muerte como se penetra en un misterio. A pesar de no haber tenido una experiencia mística, vivió ese misterio como su obra fundamental, como quien realiza la obra de su vida. Atravesó la noche tanteando. No vio ninguna luz, pero fue hasta el final. Y al final dice: «Todo está consumado» (Jn. 19, 30). Esa palabra que Juan le atribuye, da el sentido global de todo. Era un drama que se debía cumplir hasta el fin. El Padre haría el resto. Al morir, Jesús entregó el conjunto de su obra al Padre. No podía saber, de modo alguno, lo que podía salir de esos acontecimientos. Solamente esto: que el Padre sabía.

En la muerte, Jesús fue hasta el fondo de la soledad. El rechazo por las autoridades, el silencio del pueblo, la huída de los discípulos, la negación de Pedro, la traición de Judas: los evangelios destacan los grados de esa caída en el abandono. Finalmente, el mismo Dios parece no dar señal de su presencia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?» (Mc.

15, 34), son las palabras que el drama litúrgico coloca en los labios de Jesús en la cruz.

En la muerte, Jesús fue hasta el ápice de la libertad. Los evangelios destacan también que fue voluntariamente al encuentro de la muerte. Sabiendo que estaba escrita en las Escrituras, no quiso escapatoria. Aceptó su misión hasta el extremo, como canta el himno que cita la epístola a los filipenses: «Se vació de sí mismo, tomando la naturaleza de esclavo, y haciéndose semejante a los hombres; y actuando como un hombre cualquiera, se humilló aún más, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp. 2, 7-8).

En la muerte, Jesús fue la manifestación del Dios-amor, como dice San Juan: «He aquí cómo se manifestó para nosotros el amor de Dios: Dios mandó al mundo a su Hijo único, a fin de que, por él, recibiésemos la vida. En esto consiste su amor: no en que nosotros amáramos a Dios, sino que fue él quien nos amó y mandó a su Hijo como sacrificio por nuestros pecados» (1 Jn. 4, 9-10).

El juez

¿Cómo imaginó Jesús el futuro después de la muerte? Procuremos permanecer en la fase de los documentos más antiguos, los que son anteriores a la resurrección. Nada nos permite pensar que Jesús imaginó su resurrección de la manera como se realizó de hecho. Los textos más antiguos son muy discretos a ese respecto.

En primer lugar, Jesús no pensó que su papel estuviese terminado con la muerte. Ya antes del acontecimiento, anunció a sus discípulos su participación en el juicio final. El mismo se colocó en el centro de la perspectiva escatológica y apocalíptica del juicio final y de la separación final de los hombres. Por tanto, debía resucitar un día, para poder, así, juzgar a todos los hombres. Ya dijimos que pensó probablemente que el día

de ese juicio no estaba muy lejos. Por consiguiente, aunque pensase su resurrección en términos de participación en el juicio, no podía tardar mucho. El tiempo de la ausencia debía ser breve.

Para hablar de su papel en el juicio final, Jesús usa el título «Hijo del hombre». Nunca dice «Yo», siempre dice «El Hijo del hombre», aunque el contexto muestre claramente que intenta hablar de sí mismo. Además, también para anunciar su muerte, usaba Jesús el mismo modo indirecto de hablar de sí mismo.

El título «Hijo del hombre» no era corriente en el judaísmo. Se encuentra en ciertos textos del Antiguo Testamento y en ciertos apócrifos. Los textos más famosos son Daniel, 7 y 10, y el libro apócrifo de Enoc. En ambos textos, el Hijo del hombre designa un ser glorioso que aparecerá, al final de los tiempos, en un contexto de victoria y de juicio. En diversos lugares del Nuevo Testamento, parece haber alusión cierta al cap. 7 de Daniel.

En los evangelios sinópticos se usa setenta veces el título «Hijo del hombre». Siempre lo usa Jesús (o casi siempre, pues hay algunos textos controvertidos) y siempre para hablar de sí mismo. No se aplica a sí mismo otro título, y sólo se atribuye a sí mismo ese título. Los otros no se dirigen a él por medio de ese título. Hay en ese hecho una originalidad lingüística muy curiosa.

Ese uso es tan extraordinario que difícilmente se podría atribuir a una elaboración teológica de la comunidad primitiva. Los evangelios usan el título porque se conservó la memoria de que Jesús así hablaba de sí mismo. En las iglesias que hablaban griego, el título debía ser incomprensible, y resonar de modo bastante extravagante (exactamente como hoy en día). Desapareció del uso corriente en la Iglesia.

Jesús se aplica ese título, tanto para hacer resaltar sus flaquezas, como sus grandezas. Por un lado, dice: «El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Mt. 8, 20); «El Hi-

jo del hombre no vino para ser servido, sino para servir» (Mt. 20, 28). Por otro lado: «el Hijo del hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados» (Mc. 2, 10); «El Hijo del hombre es señor también del sábado» (Mc. 2, 28). Posteriormente, el Hijo del hombre es el título usado para anunciar la muerte de Jesús: «comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debería sufrir mucho, etc.» (Mc. 8, 31); «el Hijo del hombre será entregado a manos de los hombres» (Mc. 9, 31); «el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los escribas» (Mc. 10, 33).

Pero ese mismo título, sirve para anunciar la manifestación futura de Jesús en el papel de juez. De cualquier manera, ese modo de hablar indica claramente que Jesús considera la función de juez futuro como parte de su misión y como continuación del ministerio ejercido en la muerte. Los anuncios de la venida del juez son bien conocidos:

«Quien se avergonzare de mí y de mis palabras en medio de esta generación adúltera y pecadora, de él también se avergonzará el Hijo del hombre, cuando viniere en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Mc. 8, 33). «Cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros, que me seguisteis, os sentaréis también sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel» (Mt. 19, 28).

«El Hijo del hombre enviará a sus ángeles que sacarán de su reino a todos los que causan escándalos y promueven la iniquidad» (Mt. 13, 41). «Entonces se verá al Hijo del hombre viniendo en las nubes con gran poder y majestad. Y enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos desde los cuatro vientos, desde la extremidad de la tierra, hasta la extremidad del cielo» (Mt. 26, 27).

Finalmente, la famosa declaración que la tradición sinóptica pone en los labios de Jesús, en medio del tribunal de los judíos: «El sumo sacerdote lo interrogó: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» Y Jesús respondió: «Yo soy; y vereis

al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder, viniendo sobre las nubes del cielo» (Mc. 14, 61-62).

La personalidad del Hijo del hombre permanece en el misterio. Pues los atributos que en ese título le son conferidos son, apenas, citas de Daniel, y, por tanto, sirven más para ocultar, que para revelar las cualidades del Hijo del hombre.

De cualquier manera, Jesús previó el fin de la historia. Aparentemente, de toda su obra, nada quedaba. Sabía, sin embargo, que el Padre se reservaba una victoria final. Las palabras pronunciadas por Jesús, los actos manifestados por él no serían vanos: serían, al menos, revelados al final de los tiempos, como juicio de la humanidad, y criterio para separar la cizaña del trigo, y los peces buenos de los peces malos.

El tiempo de la Iglesia

En cuanto al tiempo que separa la muerte de Jesús de la manifestación del juicio futuro, podemos preguntarnos si Jesús se hacía alguna idea del papel que él debía desempeñar. Ya dijimos que ese intervalo no debía ser muy largo para él. Por tanto, la cuestión del tiempo actual, que para nosotros es primordial, no lo era de la misma manera para él.

Bien sabemos el esfuerzo que hizo la Iglesia primitiva para comprender y traducir las enseñanzas de Jesús, dentro de la perspectiva del «retraso» del final de los tiempos. Fue el problema fundamental del primer siglo cristiano. En cierta manera, todavía es el primero, tal vez el único verdadero problema teológico.

¿Había Jesús previsto una resurrección inmediata, tres días después de la muerte, según el testimonio de los apóstoles? No sabemos. Tal vez de manera confusa. De cualquier modo, no aparece ningún indicio claro. Pues las tres profecías de la pasión y de la resurrección son redacciones posteriores, cosa en que están de acuerdo todos los intérpretes independientes.

Parece cierto que Jesús previó una presencia suya en medio de los discípulos durante el tiempo de la misión: «Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, estoy yo entre ellos» (Mt. 18, 20). El modo de esa presencia no fue determinado. Con todo, no podemos atribuir a la conciencia de Jesús, anterior a la pasión, aquello que San Juan le atribuye, y que constituye un desenvolvimiento teológico, a partir de la iluminación espiritual recibida después de la resurrección. Tampoco podemos creer que Jesús sabía antes de la muerte lo que los evangelios le atribuyen como palabras pronunciadas después de la resurrección.

En lo que dijo respecto a la Iglesia, está claro que Jesús no previó lo que la Iglesia es hoy. No podía concebir ni lo que iba a ser la Iglesia a finales del siglo primero. Lo que se refiere a la misión en las naciones, lo entregó todo a los discípulos. Por consiguiente, la organización de la Iglesia quedó enteramente a cargo de los discípulos, y de modo especial, de los Doce y de Pedro. Es lo que vuelve tan flexibles las estructuras de la Iglesia. Aparte de la institución de la Cena —como cena, no como liturgia— casi nada fue definido por Jesús. Por consiguiente, casi todo puede estar sujeto a transformaciones: si la Iglesia lo encuentra útil para cumplir la misión que le incumbe hasta el fin de los tiempos. No hubo jamás fundador tan liberal para con sus sucesores. Les entregó toda la organización. Dejó, no obstante, bien claro un principio: que la organización estaría siempre subordinada al amor y a la humildad. Lo que Jesús dejó a los discípulos como recomendación, da un sello final a su obra. De esas recomendaciones, los evangelios hicieron pequeñas colecciones que se presentan en pasajes paralelos: (Mc. 9, 33-50, Mt. 18,1-35; Lc. 9, 43-50).

«Si alguno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc. 9, 35).

«Aquel que no está contra nosotros, está con nosotros» (Mc. 9, 40).

«Si tu mano te fuere ocasión de pecado, córtatela» (Mt. 18, 6).

«La sal es una cosa buena; pero si la sal se vuelve insipida, ¿con qué se le restituirá el sabor? Tened en vosotros mismos la sal y vivid en paz unos con otros» (Mc. 9, 50).

Por lo demás, los sermones de después de la cena, en San Juan, desarrollan esos temas. Y, lavando los pies de los discípulos, en la última noche, Jesús les explicó el significado de aquel gesto para la Iglesia futura: «Si yo, el Señor y Maestro, os lavé los pies, también vosotros os debéis lavar los pies unos a otros. Porque yo os di ejemplo, para que, como yo hice, hagais también vosotros. En verdad, en verdad os digo: No es el servidor mayor que el señor, ni el enviado mayor que aquel que lo envía» (Jn. 13, 14-16).

Esa será la conclusión de estas meditaciones: «No es el servidor mayor que el señor... Ahora que sabeis todo esto seréis felices, si lo practicais». (Jn. 13, 16-17).